

575

ANTONIO PALOMERO

EL AMOR VELA

COMEDIA

en cuatro actos y en prosa

ORIGINAL DE

MM. Robert de Flers et G. A. de Caillavet

ARREGLADA AL CASTELLANO



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

14

EL AMOR VELA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

EL AMOR VELA

COMEDIA

en cuatro actos y en prosa

ORIGINAL DE

MM. Robert de Flers et G. A. de Caillavet

ARREGLADA AL CASTELLANO POR

ANTONIO PALOMERO

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del
17 de Enero de 1908



MADRID

c. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA AÑA, 11 DUP.*

Teléfono número 551

—
1908

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

LUISA.....	SRA. RUIZ.
LUCIANA DE MORFON- TAINÉ.....	SÁNCHEZ.
MARQUESA DE JUVIGNY...	MARTÍNEZ.
SOFÍA BERNIER	SRTA. PÉREZ DE VARGAS.
BARONESA DE SANTA MAR- TA.....	SRA. PAREJO.
CRISTINA.....	SRTA. CARBONE (M.)
ANGELITA.....	CARBONE (A.)
ROSA.....	SRA. QUIJADA.
MARÍA.....	SRTA. BEDOYA.
DONCELLA.....	BERTOMEU.
ANDRÉS DE JUVIGNY.....	Sr. GONZÁLEZ.
ERNESTO VERNET..	MENDIGUCHÍA.
EL PADRE MERLÍN.....	RAMÍBEZ.
CARTERET.....	GARCÍA LEONARDO.
GERMÁN.....	CATALÁ.
JULIÁN (chauffer).....	CALVO.
FRANCISCO.....	DE SALA.



ACTO PRIMERO

Salón de casa de campo, con elegancia y buen gusto. Una mesita á uno de los lados de la escena; sofá, sillones, sillas, etc. Puertas laterales derecha é izquierda. Un piano al foro, de espaldas al público, entre dos puertas vidrieras que dan al jardín. Mucho sol. Son las dos de la tarde.

ESCENA PRIMERA

GERMÁN arreglando el salón. El CHAUFFEUR

- CHAUF. ¡Holal... Aquí traigo el correo, que me encargó recoger en Dieppe la señora marquesa.
- GER. Venga... Voy á subirlo á los cuartos; porque todo el mundo se ha ido á escribir, después de almorzar... Se conoce que con la digestión entran ganas de contestar á las cartas. (El Chauffeur le entrega un paquete de cartas, que él abre y va distribuyendo.) «Excelentísima señora marquesa de Juvigny—Castilla de Juvigny, junto á Dieppe.» La señora marquesa tiene el *Figaro*; el *Gaulois*, *La Gaceta de Francia*... ¡Lo de siempre!... Ahora los huéspedes... «Señorita Sofia Bernier... *El mundo Musical*; *El pentágrama para todos*, *El Trovador*»... Debe divertirse mucho la señora de compañía de la marquesa.

- CHAUF. ¡Ya lo creo!... ¡Una profesora de piano!
GER. «Señor don Ernesto Vernet, ex-alumno de la Escuela de Roma»... *Los Debates... La Revista Histórica, Los archivos históricos, El diario de los sabios...* ¡Tonterías!
- CHAUF. Es el amigo del señorito Andrés, ¿verdad?
GER. El señorito Andrés... Aquí está... (Leyendo las fajas de los periódicos.) «Señor conde Andrés de Juvigny... *Paris sport... El frou frou... El diario católico.*»
- CHAUF. ¡Ah!... ¡Ese es alguien!... Y á propósito: me han dado un encargo para la señora marquesa... La señorita Carteret.
GER. ¿La señorita Luisa?
CHAUF. Sí. La encontré en el camino, de paseo con su tío, que, aquí entre nosotros, me parece un farsante.
- GER. Bueno, bueno...
CHAUF. Me ha dicho que vendrá á las dos y media, para la partida del *tennis*.
- GER. Bien... ¡Caramba! Se me había traspapelado esta tarjeta postal para la señora... Precisamente es del señorito Andrés. (Lee.) «Querida tía: estaré en el Castillo á las cuatro... Muchos recuerdos á sus criados, que, seguramente, leerán esta tarjeta antes que usted.»
- CHAUF. ¡Ja, ja!
GER. ¡Qué mal educado!
CHAUF. Aquí viene la señorita Sofía... ¡Me largo!... (Mutis.)

ESCENA II

GERMÁN y SOFÍA, por la izquierda

- GER. (Dándole los periódicos.) Señorita...
SOF. Gracias, Germán... (Medio mutis.) Dígame... ¿Ha visto usted á Ernesto... al señor Vernet?
GER. No, señorita. Está en su cuarto.
SOF. Bueno... Entonces... Nada... Gracias, Germán. (Mutis, id.)

ESCENA III

GERMAN y ERNESTO, por la derecha

- ERN. ¡Germán!... (Germán que iba á salir, se detiene.)
GER. Buenas tardes, señorito... Aquí tiene usted sus periódicos.
ERN. ¿Mis periódicos? Gracias, Germán; muchas gracias.
GER. La señorita Sofía, acaba de preguntarme por usted.
ERN. ¿Sofía?... Bueno; no importa... Dígame, Germán... Nada... Es decir... Creo que la señorita Luisa Carteret tiene que venir esta tarde...
¿No ha llegado aún?
GER. No, señor... Pero yo sé que vendrá á las dos y media.
ERN. A las dos y media... Que vendrá á las dos y media.
GER. Sí, señor.
ERN. ¿Y qué hora es? (Germán le muestra su reloj.)
¡Retrasa usted mucho!
GER. No, señor... Son las dos y cuarto.
ERN. ¿No han traído mis periódicos?
GER. ¡Pero si se los acabo de entregar!
ERN. ¡Es verdad!... No me había fijado... Dispense usted, Germán... Muchas gracias. (Mutis por la derecha.)

ESCENA IV

GERMÁN y LUISA, por el jardín, con una raqueta bajo el brazo.
Germán medio mutis

- LUISA Buenas tardes, Germán.
GER. Buenas tardes, señorita Luisa.
LUISA Dígame, Germán... ¿Ha visto usted á...?
GER. ¿Al señorito Ernesto? Acaba de salir en este instante... Precisamente desea hablar con la señorita...

- LUISA Bueno; eso no me interesa... Dígame, Germán... ¿No iba á venir esta tarde el señorito Andrés?
- GER. Sí, señorita.
- LUISA ¿No ha venido todavía?
- GER. Todavía no... Vendrá á las cuatro.
- LUISA ¿Y qué hora es?
- GER. Las dos y veinte.
- LUISA ¡Nada más!... Muchas gracias, Germán. Voy á esperar aquí á la marquesa.
- GER. Como usted guste, señorita. (Mutis)

ESCENA V

LUISA. Después SOFÍA

- LUISA ¡A las cuatro!... ¡Claro!... ¡Como no piensa en mí!... ¿Pensará alguna vez?... Voy á ver si me lo dicen las cartas... (Se sienta á la mesa, toma las cartas y se pone á hacer un solitario.)
- SOF. ¡Calle! ¡Luisita!... ¡Buenas tardes!
- LUISA ¡Muy buenas tardes!
- SOF. No sabía que estaba usted aquí.
- LUISA Acabo de llegar hace un momento.
- SOF. ¿Y esta mañana? ¿Cómo no vino usted á dar su lección de piano? Estuve aguardándola.
- LUISA Me fué imposible... He estado pidiendo limosna para la campana del señor Cura... ¡Tiene tanto interés el pobre!
- SOF. ¡Ah!... ¡Muy bien!... ¿Y á la vuelta, no ha visto usted á Ernesto, Luisita?
- LUISA No; creo que no... Aunque puede que sí... Ernesto es una de esas personas á las que se ve ¡y como si no se las hubiera visto!
- SOF. Es usted muy injusta con él... El señor Vernet es muy agradable, muy simpático, y algo más: es un hombre superior... Todo el mundo dice que será académico á los cuarenta años.
- LUISA ¡Y lo tendrá muy merecido! Eso lo dije en broma. Le estimo de veras; sobre todo porque es íntimo amigo de Andrés; su compa-

- ñero de colegio... (Con desesperación.) ¡Ya está visto!... ¡Se han atascado todos los caballos! No me sale el solitario. ¡No estoy de buenas!
- SOF. ¿Pero estaba usted haciendo un solitario? ¿Cree usted en eso?
- LUISA No, no... Sólo creo en las cartas, cuando aciertan...
- SOF. ¡No me lo explico!
- LUISA ¡Tiene usted razón! En fin... ¿Y nuestros papeles de música? Ah, sí... Ayer me los dejé en el saloncito... Voy á buscarlos yo misma. (Mutis, por la izquierda)

ESCENA VI

SOFÍA. Luego el PADRE MERLÍN, por el foro

- SOF. (Mira un momento por la puerta del foro, descendiendo, suspira, se sienta á la mesa y comienza un solitario.) ¡Ernesto!... Tres reyes seguidos... Falló al empezar.... No me ama.
- P. MER. Buenas tardes, Sofía.
- SOF. Buenas tardes, padre cura.
- P. MER. ¿Pero qué es eso? ¿Estaba usted haciendo un solitario? ¡Usted... una persona tan seria! ¡Parece mentira!
- SOF. Era sólo por pasar el rato.
- P. MER. Más vale así... Eso son supersticiones vulgares... Cosas de chicos.
- SOF. Dice usted bien... ¿Y esa campanita? ¿Cómo va la suscripción?
- P. MER. Mal, muy mal. Y eso que Luisita lo ha tomado por su cuenta.
- SOF. Ya me lo ha dicho...
- P. MER. ¡Hija mía, Dios se lo pague! ¿Tendré al fin mi campana? ¿No la tendré? ¡Esto es lo que quisiera saber! (Maquinalmente empieza un solitario.) Una sotita, una sotita... No llega.
- SOF. Pero, señor cura, usted...
- P. MER. Una sotita... no llega... No salió. No hay campana.

ESCENA VII

DICHOS. LUISA. Luego ERNESTO

- LUISA Sí, señor cura... La tendrá usted.
- P. MER. ¿Qué estás diciendo, hija mía?
- SOF. Entonces, la colecta de esta mañana...
- LUISA Desastrosa, mi recaudación, de esta mañana... ¡Ni un céntimo!... Bien es verdad que no he pedido más que en casa de las beatas... Y los beatos...
- SOF. (Con reproche.) Luisa...
- P. MER. Pero chiquilla...
- LUISA Usted las conoce mejor que yo... Yo hubiera sido cura con mucho gusto; pero eso de estar viendo siempre á las beatas... no hubiera podido...
- SOF. ¿De modo que hay esperanza?
- LUISA Sí, tengo una idea... una idea deslumbradora, como dice el señor cura.
- P. MER. Yo no digo eso.
- LUISA ¡Chis!... ¿Usted quiere su campana?
- P. MER. ¡Que sí quiero!
- LUISA Bueno; venga usted conmigo... Vamos á hacer una visita que seguramente nos dará buen resultado.
- SOF. ¿Una visita?
- P. MER. ¿Pero á quién?
- LUISA Ya lo sabrá usted luego... A ver... Si... Tiene usted una sotana muy elegante, un alzacuello nuevo; va usted recién afeitado... (Le sacude el polvo.) Está usted muy presentable... Aguarde un poco. (Va corriendo en busca de un pulverizador.)
- SOF. ¡Qué loquilla!
- P. MER. ¡Es una criatura adorable! Sus ojos son claros y serenos y su corazón brilla en el fondo de sus ojos.
- LUISA (Vuelve con el pulverizador escondido á la espalda.) Míreme usted, señor cura. (La mira y ella le perfuma.)

- P. MER. ¿Qué es esto? Basta, basta... ¡Esto es un escándalo!
- LUISA Nada de eso... es piel de España... Y ahora, en marcha, señor cura.
- P. MER. Dios mío. (Se tapa la nariz con el pañuelo.) Me parece que llevo encima un olor de pecado. Esto es horroroso... Y no huele mal.
- LUISA (Desde la puerta del jardín.) Vamos, señor cura... ¡Ah, Sofía! ¿Por dónde llegaremos más pronto á Varengeville, por la carretera ó por el parque?
- SOF. No sé. (Entra Ernesto por la derecha.)
- LUISA Ernesto nos lo dirá.
- ERN. (Saludando.) Luisita...
- LUISA Para ir á Varengeville, ¿qué camino es mejor, la carretera ó el parque?
- ERN. Yo iría por la carretera.
- LUISA Entonces por el parque. Iremos por el parque, señor cura. Hasta luego. (Gritando desde dentro) ¡Señor cura!
- P. MER. Voy, voy. (Mutis corriendo detrás de ella, por el jardín)

ESCENA VIII

SOFÍA Y ERNESTO

- SOF. ¡Qué cruel es con usted!
- ERN. No, no; tiene razón. Mire usted, Sofía... Quien quiera acertar en algo, debe hacer lo contrario de lo que yo le diga; porque yo siempre estoy equivocado. Tal es mi vida: una perpetua equivocación, lo cual no deja de ser un poco triste.
- SOF. ¿Qué dice usted? Me parece que no puede usted quejarse de su suerte. Cuando se tiene un nombre como el de usted, una posición como la suya, un porvenir...
- ERN. Sí, sí. Pertenezco á una excelente familia de magistrados, tengo treinta mil libras de renta, soy estimado en el mundo de la ciencia... Y á pesar de todo, créame usted, Sofía; mi destino es el de un jefe de estación ó el de

un acomodador... esto es: el de un acomodador de palcos.

SOF. ¡No le entiendo!

ERN. ¿Conoce usted algo más triste que un jefe de estación ó que un acomodador? El jefe de estación se pasa la vida en el andén, viendo salir los trenes que van á países alegres, llenos de sol, que él no conocerá jamás... El acomodador está en el pasillo, detrás de las puertas. Oye reír, llorar, aplaudir... pero no ve nunca la función. Pues bien; yo soy como ellos. Yo me quedo en el andén. Yo estoy siempre en el pasillo.

SOF. Es usted muy injusto consigo mismo. Le aseguro que tiene usted muchas simpatías y que le estima todo el que le conoce. Cuatro años hace que le encuentro aquí, todos los veranos, en casa de la marquesa y que hacemos música juntos... Siempre he oído á todo el mundo hablar muy bien de usted.

ERN. Sí, pero nunca habrá usted oído hablar mal.

SOF. Jamás.

ERN. Eso es lo terrible, precisamente. Cuando se ocupan de mí, siempre dicen: «Es un buen chico». ¡Así es como un hombre pierde su reputación! Es lo mismo que decir de una novela «es un buen libro»; nadie la lee... A mí no me han leído nunca... ni á mis libros tampoco, por supuesto.

SOF. ¡Oh! Yo conozco divinamente los libros de usted.

ERN. ¿Sí?

SOF. Y los admiro. Su *Ensayo sobre las contribuciones indirectas bajo el antiguo régimen* y su *Historia de lo Contencioso en el Parlamento de París*, son obras notabilísimas.

ERN. ¿Pero usted las ha leído? ¿Cómo?

SOF. Las compré el año pasado.

ERN. ¿Usted? ¿Ha sido usted? Precisamente mi editor y yo estábamos intrigados por la falta de esos dos ejemplares. Creíamos que se habrían perdido...

SOF. Es usted demasiado modesto.

ERN. Nada de eso. Yo no soy modesto, si no lo

que me pasa... Bien quisiera ser muy orgulloso, pero no tengo ningún motivo.

SOF. Exagera usted.

ERN. No. Siempre he tenido muy mala suerte... Desde antes de venir al mundo... Mire usted: horas antes de mi nacimiento, mi madre, creyendo que me esperaría un poco, salió para Trouville. Allí debía yo haber nacido, en aquel sitio elegante, á la moda... Bueno; pues con la emoción del viaje y con el traqueteo del tren... total: tuvo que detenerse, y nací en Puente del Obispo, un pueblecillo muy bonitillo, pero un poco ridículo. ¿Y mi nombre? La madrina quiso ponerme Gerardo, pero el padrino impuso el Ernesto, y Ernesto tuve que llamarme. ¿Qué quiere usted que yo sea con semejante nombre?

SOF. Pero esas ideas son muy raras...

ERN. No, no. Reflexione usted... Ernesto.

SOF. (Con dulzura.) ¡Ernesto!

ERN. Sí, así es... Pero nadie lo dice así... Es un nombre demasiado de novela para andar por el mundo... ¿Puede usted suponer, por un instante, que una mujer se ponga á gritar, arrebatada: «Ernesto, te amo»...? ¡No hay manera!

SOF. Sí.

ERN. No, no.

SOF. A mí me parece que sí.

ERN. ¿Le parece á usted?...

SOF. (Muy turbada.) Sí... Pero acaso yo no sea buen juez...

ERN. Y yo hubiera querido conocer á fondo la vida, ser amado... En vez de eso... En fin; me llamo Ernesto... ¿Comprende usted?

SOF. Sí, sí, lo comprendo...

ERN. Es usted una mujer muy inteligente...

SOF. ¡Oh, no!... Es que yo también... ¿No sabe usted que me llamo Sofía?

ERN. Es verdad... ¡Viene á ser lo mismo!

SOF. Tampoco he tenido yo mucha suerte... Ya creo que conoce usted mi historia; es bien sencilla... Siendo profesora de piano, tuve unos amores...

- ERN. Sí...
- SOF. Y nada más... Un tenor...
- ERN. ¡Ah!
- SOF. Es decir, no un verdadero tenor; era más bien un barítono.
- ERN. Vamos, sí... Un tenor abaritonado.
- SOF. Eso es... Y á los tres meses...
- ERN. Se marchó á cantar á otra parte.
- SOF. Justo... ¡Ya ve usted!... ¡Me llamo Sofia!
- ERN. Entonces comprenderá usted lo triste que es sentirse inferior, incapaz de agradar á nadie...
- SOF. Si lo comprendo. Pero creo que usted por su parte está muy equivocado. Aquí hay alguien en quien usted piensa, y que no piensa en usted; que le hace sufrir... ¡Pero, quién sabe si usted también hace sufrir á otra persona!
- ERN. ¿Yo? ¿Hacer sufrir á una mujer? ¡No tengo esa suerte! ¡Debe ser una cosa tan agradable!
- SOF. ¡Pobre muchacho!

ESCENA IX

DICHOS, la MARQUESA, por la izquierda, seguida de una DONCELLA con lo que indica el diálogo. Después GERMÁN

- MARQ. ¡Buenas tardes, buenas tardes! Ya despaché mi correspondencia. (A la Doncella.) Ponga usted allí todo eso. (Sobre la mesa.) ¿Ha olvidado usted algo?... Mi labor, mis pastillas, mi espejito... ¿Y el rosario? ¿Dónde le he puesto? ¡Ah, sí! En la polvera... Suba usted los libros á mi cuarto, por si luego los necesito. (Mutis la Doncella.)
- ERN. ¿Qué lee usted ahora, Marquesa?
- MARQ. ¡Lo de siempre! El *Año Cristiano*, y los cuentos de Voltaire.
- GER. (Entrando.) ¿Desea la señora que se arme la tienda de campaña junto al *tennis*?
- MARQ. ¿Cómo está el tiempo?
- GER. Variable.

- MARQ. ¡Qué fastidio!... Ernesto, ¿cree usted que lloverá, ó que hará buena tarde?
- ERN. Seguramente tendremos una tarde espléndida.
- MARQ. Que armen la tienda. Lloverá de seguro... (Mutis Germán.) ¿Quiere usted ocuparse de eso, Sofía?
- SOF. Con mucho gusto, señora. (Mutis.)

ESCENA X

MARQUESA y ERNESTO

- MARQ. Y ahora que estamos solos, dígame... ¿Habló usted con Luisita?
- ERN. Diré á usted. He hecho algo, que me ha parecido más prudente... No la he hablado.
- MARQ. ¿Pero á qué aguarda usted, hombre de Dios?... Ya sabe usted lo que me interesa ese matrimonio... Me preocupa la suerte de esa niña á quien quiero con ternura. Es tan franca, tan noble, y al mismo tiempo tan viva, tan turbulenta... Por desgracia quedó huérfana siendo una chiquilla, y está muy mal criada, ó mejor dicho, está sin educar... Su tío, ese danzante de Carteret, es el culpable de la falta.
- ERN. ¿Y usted cree?...
- MARQ. Lo mejor es casarla. Carteret ya conoce mi intención y mi candidato, y espero que no ponga ningún reparo. Luisa necesita un marido serio, formal, tranquilo, y hasta... no sé cómo decirlo... que la aburra un poco. ¡Usted es el hombre soñado!
- ERN. ¡Pero, señora!...
- MARQ. No se enfade usted y reconozca mis buenos propósitos... Ya sabe usted que le estimo de veras... ¿A usted le gusta Luisa?
- ERN. ¡Que si me gusta! Solo que, francamente, temo no tener á sus ojos ninguna de esas cualidades que seducen á las mujeres; que me encuentre falto de prestigio, poco interesante...

- MARQ. ¿Pero es que no sabrá usted llegar á interesarla?
- ERN. No, señora, no... No sabré... No sé nada... ¡Yo no soy más que un historiador!...
- MARQ. Sí; lo que es como historiador... Ahí están sus obras. Siempre escoge usted unos asuntos que chorrean aburrimiento; unos temas propios como para hacer penitencia...
- ERN. No encuentro...
- MARQ. ¿Es que en la historia de Francia no hay más que lo Contencioso del Parlamento de París? Hay otras cosas, amigo Ernesto... Por ejemplo: las mujeres... De eso está llena, precisamente. ¿Por qué no se ocupa usted de ellas?
- ERN. Sí... Ya tengo pensada una serie de estudios sobre las reinas...
- MARQ. No; las reinas no... Nadie las conoce... Los mismos reyes de Francia no se ocuparon nunca de las reinas. Mejor es que piense usted en las pasiones reales; en las mujeres de cierta conducta, que fueron las que gozaron de verdadera influencia. Como era natural... Voy á darle á usted una idea: una de nuestras abuelas, Edma Victoria de Juvigny, fué amada de Luis XV.
- ERN. ¿Sí?... ¡No sabía una palabra!
- MARQ. ¡Ya lo creo!... ¡Somos de una gran familia! Hay una curiosa correspondencia de esos amores. ¡Aprovéchela usted para escribir un libro!
- ERN. Sí que lo haré... Se lo agradezco de veras...
- MARQ. Pero lo primero que debe usted hacer es pedir la mano de Luisita inmediatamente.
- ERN. No, no tan de prisa... Hay que esperar el momento oportuno; necesito reflexionar... Yo ya la hubiera hablado, pero...
- GER. (Anunciando.) La señora Condesa de Morfontaine.
- ERN. Una visita... Me retiro...
- MARQ. No olvide usted lo que le he dicho... (Mutis Ernesto.)

ESCENA XI

MARQUESA y CONDESA DE MORFONTAINE

MARQ. Buenas tardes, primita... ¡Dios mío! ¡Qué guapa estás y qué elegante!

LUC. ¡Qué amable eres! Apenas me ocupo de eso.

MARQ. ¡Y pensar que durante este traje tu marido está en Tokio!

LUC. ¡Ay, sí! Y por seis meses todavía... ¡Es muy triste la diplomacia!

MARQ. Desde que estás en Dieppe, me tienes olvidadísima...

LUC. Has de dispensarme... ¡Estoy tan ocupada!

MARQ. ¿Con quién?

LUC. Con mis juntas, con mis patronatos... No me dejan tiempo para nada.

MARQ. ¡Ay, hija!... Yo también voy á fundar una Asociación.

LUC. ¿Sí?

MARQ. La Asociación para las víctimas de la Caridad... ¡Me parece que ya es hora!

LUC. ¡Siempre tan ocurrente!

MARQ. Celebro que hayas venido hoy. Tengo una partidita de *tennis* para la juventud... Las de Santa Marta, las Varville, unas vecinas y Luisita, naturalmente... ¡Ah! y una novedad... Mi sobrino Andrés, que me ha anunciado su venida.

LUC. Me alegraré encontrarle.

MARQ. ¿Pero no le ves en Dieppe todos los días?

LUC. Le he visto dos ó tres veces nada más... Como no andamos por los mismos sitios...

MARQ. Claro... Esa bailarina no le deja ni á sol ni á sombra.

LUC. Eso dicen.

MARQ. ¡Calla!... Un coche... Es la de Santa Marta con sus niñas.

LUC. ¡Qué contraste hacen la mamá y las hijas!

MARQ. Pero son todas muy religiosas... Parece que en su casa, hasta al sentarse á la mesa se dice: «¡Cúmplase la voluntad del Señor!»

ESCENA XII

DICHAS, BARONESA DE SANTA MARTA, CRISTINA Y ANGELITA

- MARQ. Amiga mía...
- BAR. Querida Marquesa...
(Saludos, apretones de manos, etc.)
- ANG. }
CRIS. } (A dúo.) Buenas tardes, señora. (Reverencia.)
- MARQ. Buenas tardes, hijas mías... ¿Cómo estais?
- CRIS. }
ANG. } (A dúo.) Muy bien, gracias...
- LUC. ¿Y su esposo?
- BAR. Sigue con su erupción... No está presentable.
- MARQ. ¡Vamos!
- BAR. Hay que resignarse. ¡Cumplase la voluntad del Señor!
- MARQ. Y qué, ¿os gusta el *tennis*, hijas mías?
- CRIS. }
ANG. } (A dúo.) Sí, señora.
- LUC. ¿Qué tal pasa usted su temporada de verano?
- BAR. Así, así... ¡Tengo un disgusto!
- MARQ. ¿Cómo es eso?
- BAR. Pues, porque... Cristina, Angelita... ¿no vais a empezar la partida?
- CRIS. }
ANG. } (A dúo.) Sí, mamá.
- ANG. (Aparte á Cristina.) Nos despide para colocarles la historia de la *cocotte*. (se van despacio y quedan cerca de la puerta del foro.)
- MARQ. Cuente usted, cuente usted...
- BAR. Figúrense ustedes que la villa «El buen consejo», vecina de la mía, la ha alquilado este año una *demi-mondaine*. (Las niñas reaparecen riendo.)
- CRIS. ¿No te lo decía yo?
- ANG. Naturalmente.
- BAR. Niñas, ¿os queréis marchar?
- CRIS. }
ANG. } (A dúo.) Sí, mamá. (Mutis ambas)

- BAR. Pues sí, amigas mías; la famosa Margarita de Marly.
- LUC. Comprendo su disgusto.
- MARQ. No hay que hacer caso.
- BAR. Es que todo el día la estoy viendo desde mi ventana.
- MARQ. Entonces es que se pasa usted á la ventana todo el día...
- BAR. ¡Es inaudito!... Y lo más chocante es que hace buena vida... A las diez de la noche ya tiene apagadas todas las luces... no recibe á nadie... En fin; es una inconveniencia.
- MARQ. Hay que resignarse, querida Baronesa... ¡Cúmplase la voluntad del Señor!
- BAR. Usted dirá lo que quiera: pero, al menos, tiene usted una vecindad decente. A un lado el señor Carteret...
- MARQ. Al otro la casa del señor cura...
- LUC. Y á propósito; ¿quieres darle mi óbolo al padre Merlín? (Entregándole un billete.)
- BAR. ¿Para su famosa campana?... Ayer precisamente le envié cien francos...
- MARQ. ¡Pobre señor cura!... El año pasado pidió para revocar su iglesia; este año quiere ponerla una campana grande, que suene bien, para que la oigan los fieles... Pero me parece que... Figúrense que necesita reunir siete mil francos.
- LUC. No los tendrá nunca.
- BAR. Nunca... Porque hay mucha gente que se retrae de la suscripción... No todos llevan á bien la independencia de sus maneras... Me consta que el señor obispo no está muy satisfecho del padre Merlín.
- MARQ. Es posible; pero Dios y yo sabemos que es un santo... Y creo que bien valen nuestros dos votos por el del señor obispo.
- BAR. No importa... No tendrá su campana.

ESCENA XIII

DICHAS y el PADRE MERLÍN por el jardín. Después LUISA

- P. MER. (Entra muy exaltado.) ¡Ah, señora Marquesa!...
¡Ah, señoras!... ¡Alabado sea el Señor!... ¡Ya
la tengo!
- MARQ. ¿El qué?
- P. MER. ¡Mi campana!
- BAR. No es posible.
- P. MER. Aquí están... Mírenlos ustedes... Siete her-
mosos billetes de á mil francos... ¡Míren-
los!... Son azules, como el cielo de la tierra
de promisión... Son siete, como los años prós-
peros que mandó el Señor sobre Egipto.
- BAR. ¡Siete mil francos!
- LUC. ¿Pero dónde los ha encontrado usted?
- MARQ. ¿Quién se los ha dado?
- P. MER. Una señora... Una excelente dama, á cuya
casa me ha conducido un ángel.
- LAS TRES ¿Quién es esa dama?
- P. MER. La señorita Margarita de Marly.
- LUC. ¿Eh?
- BAR. ¿Eh?
- MARQ. ¡Qué atrocidad!
- LUC. ¿Pero usted no sabe?...
- BAR. Que esa es una mujer de una conducta... de
una conducta... ¿Comprende usted?
- P. MER. No... no lo sabía... ¡Santo cielo!... ¡Si me ha
parecido tan amable!...
- MARQ. Claro... Es su obligación.
- BAR. ¡Qué vergüenza!
- P. MER. ¡Pero cómo hubiera podido sospechar!...
Tiene una casa tan decente... Sobre su chi-
menea he visto tantos retratos de perso-
najes... Como en casa de usted, señora
Marquesa. Y me atrevo á decir que con de-
dicatorias más cariñosas.
- MARQ. ¡Ya lo creo!
- LUC. ¿Pero quién le ha aconsejado á usted que
diera ese mal paso?
- MARQ. Eso es; ¿quién?

- P. MER. Dios mío... Ahora yo no me atrevo á revelar...
- LUISA (Entrando.) Yo se lo diré á ustedes... Mi persona.
- LUC. ¡Luisa!
- BAR. ¡Oh!
- MARQ. ¿Tú?
- LUISA Sí, yo... Yo he sido quien le aconsejó al padre que fuese á pedir su limosna á la señorita de Marly... Pero como no me pareció conveniente que fuera solo á casa de una mujer como esa, le he acompañado... Ya está.
- MARQ. Luisa... Eso que has hecho es una verdadera locura...
- BAR. Es abominable.
- LUC. Lo que hay que hacer ahora es devolver ese dinero.
- LUISA. ¡Ah, no!... Eso no.
- BAR. Es lo único verdaderamente acertado.
- P. MER. No, señora, no... Yo no lo devolveré. No puedo devolverlo... No tengo ese derecho. El Señor no rechazó á la pecadora que fué á derramar sobre sus pies desnudos los perfumes de la Arabia y sus cabellos sueltos. Este dinero, que acaso le ha sido entregado á esa mujer con profanas miras, se santifica en mis humildes manos por el empleo que ella quiere darle. Sin duda esa persona, que vive en el siglo, no ha consagrado á la meditación y á la penitencia todo el tiempo preciso... Pues bien; la campana de mi campanario rogará por ella...
- MARQ. Pero, señor cura... Jamás esa campana querrá tocar en las bodas.
- P. MER. Si querrá, sí querrá... ¡Y en los bautizos también!
- LUISA Y yo seré su madrina.
- P. MER. Sí, sí... ¿Qué nombre le pondremos?
- LUISA ¿Qué nombre?... ¡María Magdalena!
- P. MER. ¡La amable santa!
- BAR. ¡Todo esto es muy edificante!... Y cuando se entere el señor obispo... Porque es preciso que sepa...

- LUISA Precisamente... Pienso enviarle yo misma la lista de los donativos... Aquí la tengo.
- BAR. Eso no tiene interés para él.
- LUISA Ya lo creo. (La saca del pecho.) Escuchen ustedes... Dos suscripciones de quinientos francos; una de la Marquesa de Juvigny y otra de la señora de Arletán... Después, cincuenta francos, veinte, veinte... Ah... la Baronesa de Santa Marta, diez francos. (Tos general.)
- MARQ. ¿Cómo?... ¿Pero no nos dijo usted?...
- BAR. Debe ser una equivocación de mi marido...
- LUISA ¿Qué?... ¿Le dijo usted que no diera más que cinco francos?
- BAR. (Muy furiosa.) ¡Señorita!
- MARQ. ¡Luisa!... ¡Eso es una inconveniencia!
- P. MER. ¡Hija mía!
- BAR. (A la Marquesa.) Con su permiso, voy á buscar á las niñas.
- MARQ. En seguida seré con usted. Perdóne usted á esta locuela... ¡Qué disgusto!...
- LUC. (A la Baronesa.) Voy con usted... Estoy indignadísima. (Mutis las dos.)
- MARQ. ¿Te parece bonito lo que has hecho?
- LUISA Yo...
- MARQ. No; después de todo... no creas que no lo merecía.
- LUISA Perdóneme usted. Ahora mismo voy á dar explicaciones á la Baronesa.
- MARQ. ¿Ves?... Con estas tonterías todo el mundo pensará muy mal de tí.
- LUISA Es verdad... Pero le aseguro á usted que soy como todas; egoísta, hipócrita, embustera... Lo que es que la gente no me conoce todavía, y por eso hablará mal de mí. Voy en seguida á pedirla perdón... No quiero que nadie se disguste conmigo... y sobre todo, hoy.
- MARQ. ¿Hoy?... ¿Y por qué hoy?
- LUISA ¡Ah!... Porque hoy... es hoy... Estoy muy alegre... (Mutis.)

ESCENA XIV

MARQUESA y PADRE MERLÍN; luego CARTERET por el jardín

- MARQ. ¡Qué chiquilla esta!
- P. MER. ¡Es angelical.
- MARQ. Sí; pero tan pronto hace las mejores cosas como tonterías de estas que la perjudican. Necesita algo que la sujete... Por eso yo quiero casarla y casarla bien...
- P. MER. ¡No encontrará usted mejor proporción para su sobrino!
- MARQ. ¿Para mi sobrino?... ¿Para Andrés? No piense usted semejante cosa... Mi sobrino es un buen mozo que sabe que lo es... Y tiene la cabeza á pájaros... Luisa y él harían un matrimonio muy divertido... Parecido al mío, por ejemplo. (Suspirando.)
- P. MER. Señora Marquesa...
- GER. (Anunciando.) El señor Carteret.
- CART. (Entrando.) Buenas tardes, mi querida amiga.
- MARQ. ¡Al fin! Don Juan... honorario.
- CART. Siempre á sus órdenes... Buenas tardes, padre cura... Siempre tan santo, ¿eh?
- P. MER. Y usted, señor Carteret, siempre tan impío...
- CART. A Dios gracias... (A la Marquesa.) Recibí su carta... ¡Es usted una casamentera incorregible!
- MARQ. Y hasta la fecha, afortunada... Me parece que he hecho ya la felicidad de mucha gente.
- CART. Cierto. Así, por ejemplo, al casar á Juanita Santié con Julio Valermond, hizo usted feliz al joven Chevilly, primo de Juanita... El muchacho le debe á usted un eterno reconocimiento... Es conmovedor.
- MARQ. ¿Quiere usted callarse?... Bueno, ¿y qué le parece á usted mi idea? ¿Le conviene mi elección para su sobrina?
- CART. Mi querida amiga, su candidato tiene todas mis simpatías... Ernesto es un buen parti-

- do, y Luisa es libre... Eso sí; exijo una cosa, una sola cosa... ¡Que ella ame á su marido!
- MARQ. Naturalmente.
- CART. Perdóneme usted... No digo, amar á su marido como se entiende en nuestro mundo; con todo le que encierran esas palabras de indiferencia, de costumbre, de aburrimiento... Lo que yo quiero, es que Luisa esté enamorada.
- MARQ. Carteret, usted es un ser profundamente superficial... Usted no comprende que para asegurar la felicidad de esa muchacha, hay que preocuparse, sobre todo, de darla un marido razonable, reflexivo, ponderado; un hombre, en fin, que haga lo que no ha hecho usted; dirigirla.
- CART. ¿Qué dice usted?
- MARQ. La verdad... ¡Usted apenas se ha ocupado de eso!... Bien que á usted no le gusta más que el desorden, la irregularidad... Ahí están, por ejemplo, los dichosos espinos...
- CART. ¿Los espinos?
- MARQ. Sí, los del seto que separa nuestros jardines... ¿Es que no va usted á arreglarlos nunca?
- CART. ¡Dios me libre!
- P. MER. El jardinero de la señora Marquesa, cuida su parte con tal esmero, con tal perfección, que no hay ni una sola hoja que sobresalga... ¡Es una maravilla!
- MARQ. En cambio el de usted la deja crecer tranquilamente...
- CART. ¡Y así continuará; que salgan las ramas á su gusto!
- MARQ. ¡Es una gracial... Tan bonito como podía resultar el seto, y por su capricho no está arreglado más que por mi parte.
- CART. Sí; pero no florece más que por la mía... Ahí tiene usted, precisamente; igual que á esas espinas he educado á Luisa; en libertad... ¡No quiero perder ni una sola rosa!
- MARQ. Usted dirá lo que quiera, pero nunca me hará desistir de mis convicciones... No hay más que una cosa, una sola cosa, que pueda

mantener á una mujer en el buen camino... Y es la educación; ¿no cree usted, señor cura?

P. MER. Perdóneme usted, señora Marquesa... Es la religión; ¿no le parece á usted, señor Carteret?

CART. Nada de eso, señor cura... Es el amor.

P. MER. ¿Qué?

CART. ¡La religión!... ¡La educación!... ¿Ustedes creen que si á una mujer le acomete la tentación de tener un amante, va á detenerla el recuerdo de los moralistas?... Pienso, más bien, que si se acuerda de ellos sentirá una tristeza, un fastidio tan grande, que no tendrá más remedio que buscarse algunas distracciones... hasta de las menos permitidas. Carteret, usted es un socialista.

MARQ.

P. MER. Sin embargo, señor Carteret... Si la dama á quien usted se refiere es una mujer religiosa...

CART. Pero, padre cura... La religión de usted, que yo admiro, no podrá quitarla su idea... ¿A qué la incitará esta religión? Al arrepentimiento...

MARQ. Naturalmente.

CART. Pero como no puede haber arrepentimiento sin que haya falta...

P. MER. ¡Qué pena me causan sus palabras, señor Carteret!

CART. No, no... Créanme ustedes... Una mujer no puede estar preservada más que por el amor; no por el que inspira, sino por el que sienta. El amor la guarda y la vigila; el amor vela por ella. Sólo el diamante puede rayar al diamante. Sólo el amor tiene fuerza para defender contra el amor.

MARQ. Tá, tá, tá.

CART. El es la salvaguardia; él es el talismán que todo lo embellece, que todo lo transforma, que con las propias penas reconstruye la felicidad... El es la voz que guía y que aconseja... No aquella voz grandiosa, de que habla el filósofo, y que grita: «¡Adelante, adelante!», sino la vocecita, tierna y tranquila,

- que murmura dulcemente: «¡No vayas, no vayas!...» Que Luisa escuche y comprenda esa voz, y nada hay que temer...
- MARQ. Caramba, Carteret... ¡eso es un sermón!
- P. MER. ¡Confíe usted, sobre todo, en su ángel guardián!
- CART. Sí que confío... Porque el ángel guardián de una mujer, es el amor.
- P. MER. ¡El amor!... ¡No sabe usted hablar más que de eso!
- MARQ. Pero, por Dios, dejemos el amor y volvamos á la cuestión... Aquí se trata de un matrimonio... Y como todavía no he dicho nada á Luisa, es preciso que hable usted con ella lo antes posible.
- CART. De acuerdo. Hoy mismo, antes de marcharme á Dieppe la hablaré.
- MARQ. Perfectamente... Pero me voy al *tennis*... ¡Qué dirán mis invitados!... ¿Dónde está mi sombrilla? (El Padre Merlín se la entrega.) Hasta mañana, Carteret, y no pierda usted el tiempo... (Olfatea a su alrededor y luego al Padre Merlín que procura retirarse.) Pero qué olor tan fuerte hay aquí... ¡Ah, es usted!.. ¿Está usted perfumado, señor cura?
- P. MER. Diré á usted...
- MARQ. ¿No sabe usted que eso es un escándalo?
- P. MER. No, señora; es piel de España.
- MARQ. ¡Un santo perfumado! Esto no se ha visto... desde los Reyes Magos. (Mutis por la izquierda del jardín.)
- P. MER. Soy con usted, señora Marquesa... Voy á coger mi breviario.

ESCENA XV

DICHOS y ANDRÉS por la derecha del jardín

- AND. Buenas tardes, señor cura... Buenas, Carteret... ¿Y mi tía, por dónde anda?
- P. MER. Está en el *tennis*... ¿No sabe usted la novedad?... Ya tengo mi campana... Aunque el señor Carteret me ha negado su óbolo...

(Aparte.) ¡Chúpate esa! (Alto.) Hasta la vista.
(Mutis por el jardín.)

AND. No es mala indirecta...

CART. Sí... Pretender que diera dinero para una campana un hereje como yo... ¡Y en estos tiempos!... ¡Digo! Las modistas, las sombrereras y lo imprevisto, que suele ser lo más costoso... Hoy, precisamente, mi amiguita, ¿sabes? Margarita de Marly me ha dado un sablazo de siete mil francos...

AND. ¡Digo!

CART. Habrá que procurar reponerse en el *bacarrá*... Adiós, Andrés... Voy en busca de Luisa para hablarla de una cosa muy seria.

AND. Salúdela en mi nombre.

CART. Hasta ahora. (Mutis)

ESCENA XVI

ANDRÉS y LUCIANA

Andrés queda un momento solo, sube al foro y mira por la puerta.
A poco entra Luciana .

LUC. Buenas tardes, primo.

AND. Buenas tardes, querida prima. (Cierra la puerta.)

LUC. Acabo de dejar el *tennis*, pero he dado un rodeo para que no viesen á dónde iba.

AND. ¿Qué tal?

LUC. Bien, gracias.

AND. ¿Y esas carreras de ayer?

LUC. (Se asegura de que nadie los ve y dice bruscamente)
Dame un abrazo, tonto... ¿Me quieres?

AND. Como un animal.

LUC. ¡Ay, Riquet!... Hoy es un aniversario... Hoy hace diez y ocho meses justos que nos amamos.

AND. ¡Hay que celebrarlo! (La abraza.)

LUC. ¡Y sin que nadie lo sospeche! ¡Mira que dieciocho meses y sin enterarse la gente!

- AND. ¡Es verdad! Nadie lo sabe, y sin embargo, te quiero como si todo el mundo lo supiera.
- LUC. ¿Y me querrás siempre?
- AND. Sí.
- LUC. ¿De veras?
- AND. De veras.
- LUC. Sí, sí... ¡Es tan triste engañar á un marido que está lejos... sobre todo estando en el Japón!
- AND. ¡Bah!... Estás disculpada.
- LUC. Es verdad... Estaba sola...
- AND. Abandonada...
- LUC. Tú venías á verme todos los días...
- AND. Nos hemos criado juntos.
- LUC. Fuimos novios, de chicos... Además, yo estaba de luto.
- AND. No podías salir á la calle...
- LUC. Nos ocupábamos juntos de mis obras de caridad.
- AND. Sí, de caridad... Y una más...
- LUC. Pero, á veces, parece que tengo remordimientos...
- AND. Nada mejor que los remordimientos. (La abraza.)
- LUC. ¡Chis!... Ten cuidado.
- AND. Ya lo tengo.
- LUC. No, no... No lo tienes... Eres algo imprudente... ¡Tú no sabes lo que es tener relaciones con una mujer honrada!
- AND. Pero hija mía, ¿te parece que he tomado pocas precauciones para evitar toda sospecha? Hasta una amante oficial, que tú misma me has escogido y que me revienta una barbaridad... Esa bailarina... Esa Anita de mis pecados...
- LUC. Tú no la querrás, ¿verdad?
- AND. ¡Quiá!... Es una estúpida.
- LUC. Sí pero tú, tú estás indefenso... Eres el tipo del hombre fácil; ya sabes que te conozco... Tú no tienes corazón; es decir, tienes un montón de corazones y los repartes como si fueran prospectos, los tiras como el confetti... ¿Quién no tiene un corazoncito de Andrés?... ¿Quieres que te diga una cosa?... Tú estás

siempre á merced de la primera mujer que te diga: «¡Le amo á usted!»

AND.

¡Qué tontería!

LUC.

Sí... sí... En seguida te quedarías embobado junto á ella... Te atusarías el bigotito y la dirías: «¡Es extraordinario! ¡Yo también la amo á usted y nunca he amado á nadie más que á usted!»

AND.

¿Pero tú me crees capaz de semejante cosa?

LUC.

Sí.

AND.

Vamos.

LUC.

Ahora que... Hoy por hoy, espero que no te atreverás á faltar á tus deberes para conmigo.

AND.

¡Por Dios!

LUC.

No los olvides, Riquet... Confía en tu Lucianita, que te quiere mucho, mucho... Mira; por lo pronto, no quiero que te presenten á las niñas de Santa Marta.

AND.

¿Por qué?

LUC.

¡Porque tu tía quiere casarte con una de ellas!

AND.

¿A mí? ¿Casarme á mí?... ¡Nunca!... ¡Sería una catástrofe!

LUC.

Y te prohibo que vayas al *tennis*.

AND.

No iré.

LUC.

Te advierto que tu tía está en plena fiebre. Quiere también casar á Ernesto con Luisita.

AND.

¿Sí? Me marchó á escape de esta casa contaminada... Vas á hacerme el favor de decir á mi tía, que no me casaré bajo ningún pretexto...

LUC.

Sí; vuelvo al *tennis*, no vayan á notar mi ausencia... Otro abrazo.

AND.

(*l.a abraza.*) Adiós, primita... ¡Y qué digan que no tengo sentimientos de familia!

LUC.

Hasta mañana.

AND.

¿A las cinco?

LUC.

Y media... Adiós. (*Mutis.*)

ESCENA XVII

ANDRÉS y LUISA por la izquierda

- LUISA (Entra, sin ver á Andrés.) ¿Casarme yo? ¡Nunca!
¡Nunca! No, no.
- AND. ¡Calle!... Luisita, buenas tardes...
- LUISA ¡Ah!... Buenas tardes...
- AND. ¿Qué le pasa á usted?... ¡Parece que está usted muy furiosa!
- LUISA Sí que lo estoy.
- AND. ¡Qué casualidad!... Yo también lo estoy... y usted, ¿por qué causa?
- LUISA Figúrese usted que su tía se ha empeñado en casarme.
- AND. Y á mí también.
- LUISA Con Ernesto Vernet.
- AND. Con una de las de Santa Marta.
- LUISA Pero yo he respondido: «jamás! ¡jamás!»
- AND. Y yo lo mismo: «¡jamás! ¡jamás!»
- LUISA Yo no quiero casarme tan pronto.
- AND. Y yo no puedo.
- LUISA ¿Usted? ¿Qué se lo impide?
- AND. Una porción de cosas...
- LUISA ¿Cuáles, cuáles?
- AND. Tengo que hacer algunos viajes... Escribir algunas cartas... Y usted, ¿por qué rehusa?
- LUISA ¡Ah! Yo tengo una razón algo más grave.
- AND. ¿Más grave?
- LUISA Sí... Estoy enamorada.
- AND. ¿Usted?... ¿Y quién es el galán? ¿Está en el colegio? ¿Va á tomar el grado de bachiller?
- LUISA ¡Ah, no!... Ha pasado ya la edad del bachillerato... Nada más que la edad... Es un hombre que...
- AND. ¡Sí!...
- LUISA Sí... que...
- AND. Me gustaría conocer á ese tipo.
- LUISA ¿Quiere usted conocerle?
- AND. Sí.
- LUISA ¿Quiere usted conocerle?
- AND. Sí, sí.

LUISA (Toma un espejito de mano y se lo presenta.) Eso es muy sencillo... Mire usted.

AND. ¿Yo?

LUISA Es un poco fuerte esto que acabo de hacer y no muy propio de una muchacha... Pero, qué quiere usted... Yo no sé ser coqueta, ni presumida... Y además, necesitaba decirle la verdad... Es de usted de quien estoy enamorada... Perdóneme usted.

AND. Oh, Luisa, Luisa... Luisita... ¿qué dice usted?...

LUISA ¡Parece que no le disgusta!

AND. ¡Disgustarme!... ¡Al contrario!... ¿Cómo no quiere usted que me encante?... Pero... no me atrevo á creer... ¿Cómo ha sido? ¿Desde cuándo?

LUISA Desde el diecisiete de Junio del año pasado, á las nueve y diez, en punto, de la mañana...

AND. En punto...

LUISA ¿Dónde estaba usted el diecisiete de Junio del año pasado, á las nueve y diez, en punto, de la mañana?

AND. No me acuerdo, la verdad...

LUISA Estaba usted en el bosque de Arqués, caído en una charca, con los pies por alto... ¡Así estaba usted! ¡Usted; la gloria de los concursos hípicas!

AND. No, no... ¿Y usted cómo lo sabe?

LUISA Porque estaba allí.

AND. ¿Usted?

LUISA Sí, en un rinconcito; debajo de un árbol... Leyendo, precisamente en la *Revista*, un artículo de Ernesto... De pronto le ví venir á usted á caballo, con un aire [de presunción y de impertinencia que me dió rabia... Y me dije: «¡daría cualquier cosa por ver á ese tipejo á mis pies!...» Hice un movimiento involuntario, se asustó el caballo y ¡cataplúm! se cumplieron mis deseos... Cayó usted á mis pies, perdiendo su sombrero, su prestigio y su impertinencia... ¡Todo quedó por los suelos!... Y puso usted una cara tan triste y tan estúpida, que me demostró que

no era usted lo que aparentaba... ¡Me gustó usted mucho!... Por eso salí corriendo, sin ayudarle á levantarse... ¡Ah! Está usted poniendo ahora la misma cara que tenía entonces.

AND.

Pero.

LUISA

Sí, sí.. Esa es... Muy parecida.

AND.

¿Y después?

LUISA

Después... al volver á casa quise contárselo á mi tío, pero no pude... Quise contárselo otro día, y tampoco pude... Así es que, hasta ahora, no se lo había contado á nadie.

AND.

Ah, Luisita, Luisita... Esto es increíble... Es extraordinario.

LUISA

¿Lo que le acabo de contar?... Sí... Y hasta un poco ridículo, ¿verdad?

AND.

No, no.

LUISA

Sí, sí... Las cosas que suceden, son casi siempre ridículas, pero las que se sienten nunca lo son... Sé que no debía decírselo, pero se lo digo, Andrés... El amor que le tengo, es una cosa muy grande, muy hermosa, muy profunda.

AND.

Luisa...

LUISA

No me mire usted. Aunque me mire, no se dará usted cuenta... Porque yo soy muy pequeña, pero mi amor es mucho más grande que yo. Tan grande, tan grande, que necesito hacer lo que he hecho; que salga fuera de mí para mirarle.

AND.

¡Luisa, Luisa! ¡Me ha hecho usted feliz, muy feliz! ¡Estoy trastornado, confundido! ¡Me ha hablado usted como jamás me hablaron!

LUISA

¡Embustero!

AND.

Es decir, sí... algunas veces.. pero nunca con una voz así... ¡No sé cómo explicarla! Sí... creo que siempre estuve en casa de las floristas, y que ahora he entrado en un jardín por la primera vez.

LUISA

¡Ah! No está mal. No le creí capaz de encontrar palabras como esas.

AND.

¡Yo, no! Ha sido usted que me ha cambiado, que me ha transformado. Y no era muy fácil, porque no hay hombre más difícil de

interesar que yo. Pero usted me ha interesado, y algo más, me ha llegado muy adentro, muy adentro... Luisa: quiero ser su marido.

LUISA Andrés; quiero ser su mujer.

AND. Y puesto que lo queremos, así será.

LUISA Sí, sí; en seguida.

AND. No, no tan en seguida; ahora no puedo.

LUISA ¿Cómo que no?

AND. Porque yo estoy cambiado, pero mi vida no lo está todavía. Necesito un poco de tiempo.

LUISA ¡Ah! Ya sé.

AND. ¿Que usted sabe?

LUISA Sí... La bailarina.

AND. Justo... Anita.

LUISA ¿Pero usted la quiere?

AND. Nada de eso. Y ahí está la dificultad precisamente... Cuando se quiere á una mujer, se la deja de querer y se la abandona; esto es muy sencillo... Pero ¡cuando no se la quiere! ¡Ah! Es preciso cierta habilidad, ciertas transacciones... algunas semanas.

LUISA ¿Semanas? ¿Nada menos que algunas semanas?

AND. Vamos, vamos... Hay que ser razonable. Yo no podía prever...

LUISA ¡Hay que ser previsor!

AND. No es usted justa.

LUISA ¿Es que tengo que ser justa estando enamorada?

AND. Yo también lo estoy, Luisita.

LUISA Voy á tener que dudarlo... Porque si usted me amara, sabría encontrar un medio... Cuando se ama, se es listo, atrevido, cobarde, embustero, todo, todo.

AND. ¡Qué niña es usted! ¡Usted no conoce la vida!

LUISA ¿Que no conozco la vida?... Estoy bien segura de que estoy en lo cierto, y de que todo el mundo me daría la razón.

AND. No, no.

LUISA Sí, sí.

ESCENA XVIII

DICHOS y LUCIANA

- LUC. ¿Qué es eso? ¿Qué sucede?
LUISA Llegó usted á tiempo... Va usted á pronunciar la sentencia.
- AND. (Sofocado.) ¡Luisa!
LUISA ¡Déjeme usted á mí!
LUC. ¿Pero de qué se trata?
AND. De nada, de nada...
LUISA Sí, sí... Quiero conocer su opinión... ¿Qué pensaría usted de un hombre enamorado de una muchacha, correspondido, que se quiere casar con ella, y que la pide un plazo de algunas semanas para romper unas antiguas relaciones?
- AND. ¿Pero eso qué le importa á Luciana?
LUISA Sí la importa, porque se trata de dos personas que conoce mucho.
- LUC. ¿De dos personas que...?
LUISA Sí. Se trata de Andrés y de mí.
LUC. ¡Andrés!
AND. (Aparte.) ¡Quisiera largarme!
LUISA Diga usted, diga usted...
LUC. Pues... Me coge usted tan desprevenida... Estaba tan lejos de esperar... De modo que Andrés...
- LUISA Sí, sí. El caso es muy sencillo. Yo le quiero hace mucho tiempo, sin que él supiera nada. Y hace un instante, por casualidad, acabo de decírselo.
- LUC. Y él la ha respondido á usted inmediatamente que la adora.
- LUISA Justo. Pues á pesar de todo me pide un plazo para romper con esa mujer... Vamos, ¿no es esto abominable?
- LUC. ¿Es verdad, Andrés?
AND. (Aparte.) ¡Yo no sé qué decir!
LUC. Yo creo que Luisa tiene muchísima razón... ¿A qué esa espera?... Y además, ¿está usted

seguro de que esa persona le echará mucho de menos? ¿Está usted seguro?

AND.

Yo...

LUC.

¿Qué?

AND.

Nada.

LUC.

Sí, sí. Se olvidará en seguida... Y estoy segura de que si esa mujer pudiera ver la cara que pone usted en este momento y su lastimosa figura, lejos de llorar tendría ganas de reír.

AND.

(A parte.) Esto es muy agradable.

LUISA

De modo que usted cree que la bailarina...

LUC.

¡La bailarina!... ¡Como si no existiera!... Andrés es libre. Y yo misma voy á tener el placer de unirles á ustedes para siempre. Venga esa mano.

LUISA

¡Oh, señora!

LUC.

(Tomando la mano de Luisa.) Andrés, deme usted su mano.

AND.

Pero...

LUISA

¡Désela usted...!

LUC.

(Juntándoles las manos.) ¡Felicidades!

LUISA

Gracias, gracias. ¡Qué buena es usted! ¿Cómo agradeceréselo?

LUC.

Siendo mi mejor amiga... ¿No le parece á usted, Andrés?

AND.

Sí, sí.

LUC.

Tal es mi deseo. Y á mi vuelta será para ustedes mi primera visita.

LUISA

¿Se marcha usted?

LUC.

Sí. Creí que se lo había dicho. Voy á pasar tres meses en Escocia, en casa de unos amigos. Siento no poder asistir á la boda, pero estaré presente en ella con el pensamiento.

GER.

(Entrando.) El coche de la señora espera.

LUC.

Es verdad. Ya es muy tarde. Dejo á ustedes. Adiós.

LUISA

Adiós. Y sepa usted que nunca olvidaré... nunca.

LUC.

(Apretándole la mano á Andrés.) Ni yo tampoco... Hasta siempre. Hasta la vuelta. (Mutis, acompañada de Luisa.)

AND.

(Solo, tirándose del bigote con impaciencia.) ¡Es extraordinario!

ESCENA XIX

ANDRÉS y LUISA que vuelve muy contenta

- AND. Ah, Luisita, Luisita...
- LUISA Asunto concluído. ¿Nos casamos?
- AND. Nos casamos.
- LUISA ¡Qué contenta estoy! ¡Qué contenta estoy con su alegría!
- AND. Y yo también lo estoy con la mía.
- LUISA Va usted á ser mi marido. ¡Ay! Pierdo un buen amigo.
- AND. Entonces, deje usted que la abrace por última vez.
- LUISA No puedo negárselo, puesto que es el último... Es preciso prevenir á mi tío inmediatamente.
- AND. Y yo á mi tía... ¡Lo que se van á alegrar!
- LUISA Bueno, pues vaya usted á buscar á la Marquesa al *tennis*, y mientras yo pondré un telegrama á mi tío. En seguida iré á buscarle.
- AND. ¡En seguida!
- LUISA Sí, sí. ¡Ah! Antes de marcharse de aquí...
- AND. ¿Qué?
- LUISA Júreme usted que no se caerá nunca del caballo delante de ninguna mujer... ¿Lo jura usted?
- AND. Lo juro... ¡Es extraordinario! (Mutis por el jardín.)

ESCENA XX

LUISA. Después ERNESTO

- LUISA (Se sienta y escribe.) «Carteret. Hotel Royal. Dieppe. Títo, venga inmediatamente. Salvo aviso suyo en contrario, me caso con Andrés de Juvigny. Soy muy feliz... muy feliz... muy feliz. Y usted también.—Luisa.» (Mientras lee el despacho, entra Ernesto, lateral derecha.)
- ERN. ¡Ella aquí! Me alegro. Me parece un momento muy oportuno para hablarla... Señorita...

- LUISA Buenas tardes, Ernesto. Cuánto me alegro de verle á usted.
- ERN. Y yo... pues... Señorita. Después de haberlo reflexionado mucho, voy á decirla una cosa muy importante, muy grave para mí.
- LUISA Mejor, mucho mejor. Estoy contentísima.
- ERN. Señorita...
- LUISA Espere usted.
- ERN. Señorita, yo...
- LUISA Sí, sí, pero antes voy á pedirle un favor... ¿Quiere usted poner este telegrama? (se lo da.)
- ERN. Con mucho gusto.
- LUISA El caso es que... No tengo aquí dinero. Si usted fuera tan amable...
- ERN. ¡No faltaba más!... ¿Cuánto importa?
- LUISA No lo sé. Cuente usted las palabras. Y de paso se enterará usted de la noticia.
- ERN. (Abre el telegrama, lee rápidamente y después con emoción.) Una... dos... tres... cuatro... cinco... seis... siete... diez... diez... veinte... treinta... cuarenta... cincuenta... (se detiene.)
- LUISA ¿Cuántas son?
- ERN. No lo sé. (Trastornado.)
- LUISA ¿Cómo?
- ERN. ¡Muchas! ¡Demasiadas!
- LUISA ¡Eso no importa! Estoy contentísima. ¿No le parece á usted que es para estarlo?
- ERN. Yo también estoy muy contento... muy contento.
- LUISA ¡Ah! ¡Es usted muy amable! Ahora voy á buscarle. Y usted... usted ha contribuído un poco á este matrimonio.
- ERN. ¿Yo?
- LUISA Sí; su artículo de la *Revista*. El árbol... El caballo... La charca... Hasta luego. (Mutis por el jardín.)
- ERN. ¿Qué dice?... (Pasa Germán trayendo varios papeles de música que coloca sobre el piano.) ¿Es usted, Germán?
- GER. Traigo la música de la señorita Sofía.
- ERN. Bueno, bueno. Ponga usted este telegrama inmediatamente. (se lo da.) Estoy muy contento.

- GER. Bien, señorito... (Sale después de dejar la música en el piano.)
- ERN. ¡Como siempre! El jefe de estación... El acomodador... Me quedo en el andén. Estoy en el pasillo. (Se deja caer en una butaca.)

ESCENA XXI

ERNESTO y SOFÍA. Después el PADRE MERLÍN, por el jardín

- SOF. Soy yo.
- ERN. ¡Ah! usted.
- SOF. He visto á Luisa ahora mismo... Y me ha dicho... ¡Es usted muy desgraciado!
- ERN. Sí; muy desgraciado.
- LUISA Le compadezco con toda mi alma.
- ERN. ¡Oh! Yo no protesto. Es natural... Me llamo Ernesto.
- SOF. Y yo me llamo Sofía... (Guarda silencio y baja los ojos.)
- ERN. ¿Qué?... ¡Lo dice usted de una manera!... ¿Acaso...? Y yo que no he comprendido... Que no he adivinado... ¡Qué buena es usted! Decirme eso hoy, ahora... ¡Oh, Sofía, Sofía!
- SOF. (Retirándose dulcemente.) A esta hora hacíamos música todos los días.
- ERN. Sí.
- SOF. ¿Quiere usted que, como de costumbre...?
- ERN. Sí, sí.
- SOF. Entonces venga. (Desaparecen detrás del piano que está frente al público y tocan á cuatro manos una sonata de Beethoven. El Padre Merlín entra leyendo su breviario y se sienta en una butaca escuchando la música con satisfacción. Poco á poco el ritmo se rompe, las notas se espacian y la sonata se amortigua. La fisonomía del Padre expresa un asombro creciente. Cesa la música y se oyen algunos besos.)
- P. MER. (sobresaltado, á media voz.) ¿Eh? (Tose muy fuerte. Vuelve á sonar el piano con violencia y con un ritmo muy alegre y muy animado.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

En casa de Luisa de Juvigny. Salón elegante que da al comedor, donde se supone acaban de almorzar la Marquesa, Carteret, Andrés y Luisa. Un gran diván á la izquierda. Un escritorio. Un teléfono. Entra un Criado y sirve el café en una mesita del salón, á la derecha. Puertas á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA

ANDRÉS, LUISA, CARTERET y MARQUESA

- LUISA (sale al salón seguida de los otros.) Aquí está el café.
- CART. ¿Me dejais encender un cigarro?
- MARQ. Por mi parte no me molesta el humo.
- LUISA ¿Dos terrones, tía? Me va usted á dispensar que se los sirva con los dedos porque no tengo tenacillas.
- MARQ. Gracias.
- LUISA Y usted, querido tío, conozco su debilidad, ¿una copita de cognac?
- CART. Con mucho gusto.
- LUISA El caso es que no hay. Como Andrés no toma licores... ¿Verdad, Andresito? (Le abraza.)
- AND. ¡Luisa!
- MARQ. (Después de beber un sorbo de café.) Este café no hay quien lo beba.
- LUISA (Con indiferencia.) ¡Pchs!
- CART. Sí, pues lo que es el almuerzo ha sido desastroso.

- LUISA (idem.) ¡Pchs!
- MARQ. Los criados están como alelados, la casa casi desmantelada, la calefacción no funciona.
- LUISA (idem.) ¡Pchs!
- AND. ¡Es verdad! Aquí se hiela uno.
- LUISA Con tal que tú no te constipes... Se constipa muy fácilmente. ¿Verdad, Andrés? (Le abraza.)
- CART. Pero yo estoy encantado, encantado...
- AND. Tienen ustedes que perdonar, porque sólo hace tres días que estamos en París.
- MARQ. Sí, sí... ¡Qué viajecito de novios!... ¡Cuatro meses!
- CART. Hijos míos, repito que estoy encantado. El lamentable estado de este domicilio (A la Marquesa.) prueba hasta la evidencia que los chicos se adoran.
- LUISA ¡Oh, sí! (Abraza a Andrés.)
- MARQ. ¿Qué dice usted, Carteret?
- CART. La verdad, Marquesa... Los verdaderos enamorados han vivido siempre incómodos y en medio del mayor desorden. Acuérdesse usted de la casa de Otelo y Desdémona. ¡Los pañuelos y los almohadones por los rincones! (A Luisa, que no le atiende) Bueno; ¿y tu viaje de novios? ¡Luisa! ¡Luisa!
- AND. ¡Que te están hablando!
- CART. ¿Te ha gustado España?
- LUISA ¡Ya lo creo!
- MARQ. ¿Qué has visto?
- LUISA He visto á Andrés.
- MARQ. ¿Nada más?
- LUISA ¡Claro! Viajando, en el vagón yo no miraba más que á él.
- CART. ¿Y él?
- LUISA Él miraba algunas veces por la ventanilla.
- AND. No, no.
- LUISA Sí, sí.
- MARQ. Esa es precisamente la diferencia que hay entre un hombre y una mujer enamorados.
- CART. ¿Y qué ciudad te ha gustado más, Luisita?
- LUISA ¡Oh! Granada.
- MARQ. ¡Ah! Granada. Sus jardines del Generalife. Los laureles-rosas junto á las fuentes.
- LUISA ¡Qué bonito, qué bonito debe ser todo eso!

- MARQ. Pero, ¿cómo? ¿Es que tú no lo has visto?
LUISA No.
MARQ. ¿Entonces por qué dices que te ha gustado más Granada?
LUISA (Bajando los ojos) Pues... tííta... Granada.
MARQ. Dispensa, dispensa.
LUISA Granada... (A Andrés.) Déjame que te abrace. (Le tira el café de la taza que está tomando.)
AND. ¡Pero, Luisa!
LUISA Anda, acompáñame.
AND. ¿Dónde?
LUISA A llamar. (Van los dos juntos á tocar un timbre.)
CART. (A la Marquesa.) ¿Eh? ¿Tenía yo razón?
MARQ. Hasta ahora sí... Pero fijese usted en que los dos están lo mismo, en que no hay contrapeso. Su felicidad me alarma un poco.
CART. Quía. Luisa ya no es una chiquilla; en cuatro meses el amor la ha hecho una mujer, y en todo caso aquí está usted para aconsejarla. ¡Usted, que es la virtud personificada!
MARQ. Carteret, no me diga usted eso. Por muy virtuosa que sea una mujer, lo que menos la gusta es que se lo digan. Sea usted más galante.
UN CRIADO (Entrando.) Está el tapicero, señor conde.
AND. ¡Ah, sí! Es para arreglar la sala de armas. ¿Quiere usted verla, Carteret?
CART. Con mucho gusto.
LUISA ¡Qué fastidio! No puede estar un minuto á mi lado.
AND. Volvemos en seguida. (Mutis con Carteret.)
LUISA (Al Criado.) Francisco, retire usted el servicio. (Francisco recoge el servicio de café y sale por el comedor.)

ESCENA II

MARQUESA, LUISA; luego ERNESTO

- LUISA ¡Qué triste es estar sin él! ¿No es verdad?
MARQ. Pero un momento...
LUISA ¡Es que le quiero tanto! Y esta noche precisamente tiene que ir á comer al casino y yo comeré sola, por la primera vez.

- MARQ. Eso no. Vente á comer conmigo.
- LUISA Pero de todos modos, sin el, estaré sola.
- MARQ. ¡Qué chiquilla! Mira, estará el Padre Merlín que ha venido á París á unos asuntos... Es fácil que venga á verte esta misma tarde, porque me lo ha dicho.
- LUISA ¡Cuanto me alegraré! ¡Pobre padrecito! ¡Qué bueno es! ¿Y la señorita Sofía Bernier? ¿La ve usted?
- MARQ. Va todos los jueves á hacerme un poco de música. Pero yo no sé qué la pasa hace una temporada que abusa de la melodía sentimental. ¡Es terrible!
- LUISA Y dígame usted, ¿tiene noticias de nuestra prima Luciana?
- MARQ. El otro día pasé por su casa, pero aún no había vuelto de Escocia.
- LUISA ¿Y no sabe usted cuándo vuelve?
- MARQ. Creo que uno de estos días.
- LUISA Tengo muchos deseos de verla. Sintió tanto no asistir á mi boda, y yo también que no asistiera. ¿Ha visto usted el retrato que me mandó? (Se lo enseña, tomándolo del escritorio.) ¡Qué guapa está y qué simpática! Es una de mis mejores amigas.
- MARQ. Yo también la quiero con toda mi alma; pero no mucho. (Llaman fuera.)
- LUISA (Toca el timbre.) ¡Una visita! No quiero recibir á nadie. (Entra el criado.) ¿Quién es?
- CRIDO El señor Vernet, que viene á trabajar en la biblioteca.
- MARQ. Sí... Se me ha olvidado decirte...
- LUISA ¡Ernesto! Que pase, que pase. (Se dirige á la puerta por donde aparece Ernesto con el sombrero en una mano y una cartera en la otra.) ¡Mi querido Ernesto!
- ERN. Señoras... (No sabe cómo dar la mano á Luisa y acaba por dar el sombrero á la Marquesa.)
- MARQ. ¿Eh?
- LUISA Siéntese usted. (Ella se sienta, Ernesto busca inútilmente una silla con los ojos y permanece en pie.)
- ERN. (A Luisa.) No sabía que estaba usted de vuelta. Si lo hubiese sabido... no hubiese venido.

- LUISA ¡Muchas gracias!
ERN. No, no... Es decir... al contrario... En fin...
¿cómo está usted? ¿Qué tal ese viaje de no-
vios, señorita?
- LUISA ¿Cómo señorita?
ERN. Dispéñseme usted... Como he venido tan
de prisa... y además, no ha cambiado usted
nada... Está usted igual... Yo creí que cuan-
do la volviese á ver... Pero, no, no... Está
usted igual. ¿Y Andrés?
- LUISA Bien, muchas gracias.
MARQ. (A Ernesto.) Y qué, ¿se ha trabajado mu-
cho?
- ERN. ¡Pschs!
MARQ. ¿No sabes, Luisa, que el gran historiador ha
cambiado de historias? Ahora se ocupa de
nuestras abuelas: de la marquesa Edma
Victoria de Juvigny, que fué uno de los
amores de Luis XV.
- LUISA ¡Bravo!
ERN. Para ese efecto, la Marquesa me autorizó á
revolver los archivos de la familia, conser-
vados en la biblioteca de este hotel... De
aquí me llevé algunos documentos, que pre-
cisamente vengo á devolver, pues me veo
precisado á renunciar á mi libro sobre la
marquesa Edma Victoria de Juvigny.
- MARQ. ¿Por qué?
ERN. Porque me han tomado la delantera...
LUISA ¿Cómo?
ERN. Sí. Ayer he recibido un estudio del histo-
riador inglés mister Robinson, sobre el
mismo asunto.
- LUISA ¡Qué mala suerte!
ERN. Es muy natural. Mister Robinson es un
buen mozo, de espaldas cuadradas, gran ju-
gador de *foot-ball*, como todos los historia-
dores ingleses. Comprendo que su abuela
le haya preferido.
- MARQ. ¡Oh, mis abuelas!
ERN. Aparte de eso, mi compañero demuestra
que Edma Victoria jamás tuvo amores con
Luis XV.
- MARQ. ¿Que no?

ERN. Así parece.
MARQ. Ese historiador es un mentecato. Ya nada se respeta en estos tiempos.

ESCENA III

DICHOS y ANDRÉS

AND. (Saliendo.) ¡Calle! ¡Ernesto! ¿Cómo te va?
ERN. Buenas tardes, Andrés... Bien, ¿y á tí?
AND. ¡Cuánto me alegro de verte por aquí! ¡Ah! Carteret me ha encargado que le despida de ustedes... Tenía que hacer á las tres.
MARQ. ¿Las tres ya?... Me voy corriendo... ¿Y mi sombrero?
LUISA En mi gabinete.
MARQ. Ven á ayudarme. Quedamos en lo dicho; vendré á buscarte en seguida para hacer esos encargos... Y luego comerás en casa. Hasta la vista, Ernesto... Adiós, tú.
AND. Adiós, querida tía.
LUISA Voy á despedirla. Dame un abrazo. (Abraza á Andrés y sale con la Marquesa.)

ESCENA IV

ANDRÉS, ERNESTO. Luego LUISA

AND. ¡Ah, mi querido Ernesto! ¡No puedes figurarte qué mujercita tengo!
ERN. No... no... No puedo figurármelo.
AND. Bueno... ¿y tú? ¿Qué es de tí?
ERN. (Como contento de sí mismo.) Yo... Yo no me quejo del todo.
AND. ¡Hola!... ¿Hay una mujer?
ERN. ¡Una mujer! Casi, casi... Tengo una amiga.
AND. No sabía...
ERN. Ni nadie lo sabe... Yo mismo apenas si...
AND. ¿Y eres feliz?
ERN. Sí... Ella es una pianista bastante buena...
AND. ¡Tunantel!
LUISA (Entrando.) Ya estoy de vuelta.

ERN. Con su permiso me retiro.
LUISA ¿Porque yo vengo?
ERN. Voy á dejar estos documentos en su sitio. Los he cogido de la biblioteca, y mi deber es devolverlos á la biblioteca. (Sale retrocediendo y tropieza en una silla.) Perdón. Hasta la vista. (Mutis.)

ESCENA V

ANDRÉS y LUISA

LUISA ¿Qué le pasa?... Parece que está...
AND. (Tumbándose en el diván.) ¡Qué quieres!... No es feliz.
LUISA Sí; debe aburrirse mucho.
AND. ¡Caramba! ¡Un historiador!
LUISA Precisamente. Los seres felices no son los que hacen la historia. Tienen, como nosotros, tanta felicidad que no pueden ocuparse de los demás... ¡Te quiero!
AND. ¡No tanto como yo á tí!
LUISA Escucha: tengo un proyecto... Tú me vas á querer mucho, mucho, mucho, mucho... ¡Todo lo que se puede querer! Y después, yo te voy á querer un poquito más. ¿Qué te parece?
AND. ¡Ah, Luisilla, Luisilla! ¡Me encanta tu ternura y tu pureza! ¡Tienes esa gracia invencible de los seres infantiles y sinceros no contaminados por la vida!
LUISA ¿Es verdad? Pues mira; por tí haría yo hasta las cosas más atroces... Si me dijeras: «roba», robaría; «mata», mataría. Con una condición: que tú estuvieses á mi lado para abrazarme, para...
AND. ¡Eso sería muy incómodo! Mirame.
LUISA Te miro.
AND. ¡Esos ojos, esos ojos!
LUISA Bien puedes quererlos, porque no saben hacer más que mirarte... ¡Escucha!... Hay una cosa que no te quiero decir, que he jurado no decirte nunca: y es esta... Te quiero tan-

to, Andrés, que por tí sería capaz de olvidarlo todo, todo... ¡hasta el daño que me pudieras hacer! Es una tontería habértelo confiado, ¿verdad?

AND.

No, no.

LUISA

¡Qué quieres! Estoy tan enamorada, que necesito siempre darte algo más de mi cariño... Y como no tengo ahorrado nada, hipoteco el porvenir., y estoy llena de deudas.

AND.

Yo las pagaré, corazoncito pródigo.

LUISA

¡Ay, mi corazón! ¡El pobre morirá en la mayor miseria!

AND.

No, vida mía; no te inquietes por el mañana. Hay entre nosotros recuerdos que no pueden abandonarnos nunca. Lo que nos une no es la ley, ni el deber, ni el matrimonio, que por sí solos nunca han unido á nadie. No, no. Lo que nos une es algo más fuerte, más grande y más duradero. Tu confesión sincera; la pura ofrenda de tu corazón apasionado, que el mío recibió con ternura desconocida.

LUISA

Sí, sí, Andrés; pero tengo miedo á la vida, que volverá á reclamarte.

AND.

No, no temas.

LUISA

Sí. París otra vez. Las mujeres que te han conocido, que te han amado. ¡Ah! Cuando pienso en esas mujeres...

AND.

Piensa mejor en todas las que no me han amado, que son muchas más.

LUISA

¿Muchas? ¿Y en qué estaban pensando esas estúpidas?

AND.

¡Perdónalas!

LUISA

Te repito que tengo miedo. Ayer mismo cuando fuimos á comer al restaurant y el mozo te llamó por tu nombre, sonriéndose... no sé lo que sentí. Seguramente él te habrá visto allí con otras... Y hasta puede que se haya creído que yo era tu amante.

AND.

No, no. Comprendió perfectamente que eras mi mujer.

LUISA

¿Por qué?

AND.

Porque me vió repasar la cuenta.

LUISA De buena gana le hubiera matado... Como á todas las personas que te han conocido antes que yo... Tu suerte es que no soy celosa...
AND. ¿Y de que ibas á serlo?... Yo no vivo, verdaderamente, sino desde que te amo: hace cuatro meses. Tengo ahora cuatro meses.
LUISA ¡Qué feliz edad!
AND. ¡Oh! no crezcas.
AND. Te lo prometo. (La abraza.)

ESCENA VI

DICHOS y FRANCISCO

FRAN. (Entrando.) La señora de Fargette y la señora de Aulnois, preguntan si está visible la señora.
AND. ¡Ah! Las niñas de Santa Marta.
LUISA Tus exprometidas. Es verdad; que se casaron unos días después que nosotros. Que pasen. (Mutis Francisco.)
AND. Te dejo.
LUISA Vuelve en seguida. (Mutis Andrés.)

ESCENA VII

LUISA, CRISTINA y ANGELITA, muy elegantes, aunque un poco excéntricas

LUISA Querida Cristina... Angelita.
CRIS. ¿Qué tal, Luisa, qué tal?
ANG. Hemos venido un momento á saludarte.
CRIS. Las dos.
ANG. Muy de prisa, ¿sabes?
LUISA Os lo agradezco mucho. Pero yo no sé qué os encuentro de nuevo. ¡Ah, sí! Que no hablais las dos al mismo tiempo.
CRIS. ¡Siempre de tan buen humor! Qué casa tan bonita tienes.
LUISA Oh, no. Todavía no está terminada la instalación. ¿Y vosotras, sois dichosas?

- ANG. Mucho. Yo acabo de pasar una temporada en casa de unos parientes de mi marido.
- CRIS. Y yo de hacer una excursión por Italia.
- ANG. Y tú, ¿eres feliz?
- LUISA (con pasión.) Sí.
- ANG. Ahora saldrás mucho.
- CRIS. Darás recepciones.
- LUISA No, no. Estoy ocupadísima.
- ANG. ¿Sí? ¿Qué es lo que tienes que hacer?
- LUISA Nada. Yo os diré. Soy feliz; y esto me ocupa todo el tiempo.
- ANG. Yo también te encuentro algo de nuevo.
- CRIS. Sí, sí. Te has vuelto muy seria. ¿Es el matrimonio?
- LUISA No; es el amor. Vosotras parece que estais muy contentas. ¿Es también el amor?
- ANG. No; es el matrimonio.
- LUISA ¿Habeis tenido suerte?
- ANG. Vaya...
- CRIS. Aunque nuestra posición no se pueda comparar á la tuya.
- LUISA ¿Por qué?
- CRIS. ¡En nada! Mi Pablo es oficial...
- ANG. Mi Jorge inspector de Hacienda.
- CRIS. Mientras que tu marido...
- ANG. No hace nada...
- CRIS. Desde el punto de vista mundano, el que no hace nada es alguien, ¿verdad?
- ANG. ¡Vaya si es verdad!
- LUISA ¿Sí? ¿Puede ser?
- CRIS. Y además, hoy día, lo que da importancia á una mujer, son las aventuras del que es su marido.
- ANG. Y nosotras, en eso, hemos tenido bien poca suerte. El mío apenas si... Ya ves; sólo tuvo un pequeño pasatiempo con una actriz que no llegó á debutar.
- CRIS. Y el mío nunca tuvo relaciones con una mujer casada. Yo he sido la primera.
- ANG. En cambio el tuyo, Luisa... Bien puedes decir que eres afortunada... Tu Andrés ha sido adorado... Sobre todo en los teatros.
- CRIS. Y en el buen mundo.
- LUISA ¡Ah!...

- CRIS. Y su última aventura...
LUISA Sí; la bailarina... Anita...
CRIS. No; la otra.
LUISA ¿Eh?... Sí... la otra.
ANG. Fué verdaderamente *chic*... Una mujer tan elegante...
CRIS. ¡Tan á la moda! ¡Y lo bien que lo ocultaban!
ANG. ¡Vaya! ¡Ella sabía disimular perfectamente!
CRIS. ¡Quién lo hubiera sospechado! Esa Luciana...
LUISA ¿Luciana?
ANG. Sí; Luciana de Morfontaine. ¿No lo sabías?
LUISA Sí... sí... pero no creí... (Muy turbada.) ¿Quién os lo ha dicho?
CRIS. Figúrate... Una doncella, Emilia, que acababa de servir en su casa cuando yo la tomé... Ya sabes que no hay mujer grande para su doncella. Bueno, pues Emilia...
ANG. Sí; es quien nos ha contado...
LUISA ¿Ella es quien os ha contado...? (Muy nerviosa.)
CRIS. Dice que Luciana estaba loca con su Riquet.
LUISA ¿Riquet?
CRIS. Sí. Este era el nombre cariñoso de Andrés.
LUISA (Muy turbada.) No sabeis cuánto os agradezco... Pero me vais á dispensar... Me están aguardando los tapiceros...
ANG. (Un poco molestada.) Nosotras también tenemos mucha prisa.
CRIS. Sí. Hemos de hacer unas visitas.
ANG. Nos esperan...
CRIS. Conque hasta muy pronto.
ANG. Adiós, Luisa.
LUISA Adiós, hasta la vista. (Mutis Cristina y Angelita charlotteando.)

ESCENA VIII

LUISA, en seguida ANDRÉS

- LUISA (Atraviesa la escena y va á la primera puerta de la derecha.) ¡Riquet!...
AND. (Sacando la cabeza.) ¿Qué?...
LUISA Ya se han marchado... Puedes salir, Riquet.
AND. ¿Qué nombre es ese?

- LUISA Lo encuentro muy bonito, Riquet... Es encantador; Riquet... Y por eso te llamo Riquet. Creo que este nombre pertenece á todo el mundo... Digo... me parece...
- AND. ¿Qué quiere decir esto?
- LUISA Andrés, Andrés... ¿Por qué no me has enterado que Luciana ha sido tu amante?
- AND. (vivamente.) ¡Eso no es verdad!
- LUISA Tengo pruebas.
- AND. ¿Pruebas? ¿Qué pruebas?
- LUISA Sí... Me he encontrado unas cartas... Eso es; unas cartas.
- AND. No puede ser; las he quemado todas.
- LUISA ¿Lo estás viendo?
- AND. (A parte.) ¡Qué torpe!
- LUISA Has hecho mal... Debiste confesármelo... Y en vez de eso, me has mentido...
- AND. ¿Yo?
- LUISA Sí... No me has dicho nada... Y no decirme nada, es mentir... No quiero volverla á ver... ¡No quiero!
- AND. Pero si no está en París...
- LUISA No te perdonaré nunca, nunca...
- AND. No tienes nada que perdonarme.
- LUISA ¿Nada?
- AND. No... El pasado, mi pasado, no te pertenece.
- LUISA Todo me pertenece. ¡Todo debería pertenecerme!... Ahí tienes lo abominable... Que yo te pertenezca por competo, y que tú, en cambio, guardas secretos para mí... Cuando te plazca, puedes irte á pasar diez minutos en tus recuerdos, como quien va á pasar ocho días en Monte-Carlo... ¡y no me llevarás contigo!... Mientras que yo, si quiero refugiarme en mis pensamientos, si vuelvo la vista á mi pasado, me encuentro con que tu lo llenas todo; tú, tú... ¡Egoísta!
- AND. ¡Luisa!
- LUISA ¡Yo te amaba demasiado, para casarme contigo!... Y por mucho que haga, nunca seré sino una mujer más en tu vida.
- AND. Sí; pero la mía... mi mujer.
- LUISA ¡Y eso qué importa!...
- AND. La más querida... ¡La única!

LUISA ¡La última, nada más!... Y pensar que acaso habrá momentos en que yo te las haga recordar, y hasta echar de menos. Más celosa estoy de ellas que de las amantes que tuvieses ahora.

AND. ¿Por qué?

LUISA Sí... Porque ahora me puedo defender, puedo luchar... Y puedo vengarme.

AND. ¿Vengarte?

LUISA ¡Ya lo creo!... Te lo aviso... Si tú me engañaras, una hora después te engañaría yo también... No podría comer con tranquilidad, si no me hubiese vengado el mismo día... Por eso el porvenir no me intranquiliza... Pero contra las mujeres que antes has querido, no puedo hacer nada, nada más que callarme.

AND. Bueno; pues cállate.

LUISA (Tomando el retrato de Luciana que está sobre la mesa.) Aquí está... Y pensar que te has recreado en sus ojos; que estos brazos han rodeado tu cuello... ¡Oh!

AND. (Quitándole el retrato que tira sobre la mesa después de mirarle.) Basta, Luisa, basta...

LUISA ¡Oh!... (Llora)

AND. Luisa... No llores más.

LUISA Déjame... Esto me consuela.

AND. Pero á mí me entristece...

LUISA ¿De veras?

AND. Sí.

LUISA Entonces no lo haré más.

AND. Vamos, sosiégate, y reconoce que eres injusta; que yo tengo razón.

LUISA Para mí siempre tienes razón, porque te quiero.

AND. ¿Me prometes que serás juiciosa?

LUISA Sí.

AND. ¿Que no me hablarás nunca de Luciana, de quien yo no he vuelto á acordarme tampoco?...

LUISA No te hablaré más de ella.

AND. ¿Lo juras?

LUISA Lo juro. (Le abraza.)

AND. Bueno... Asunto terminado.

- LUISA Terminado.
AND. Y ahora, hablemos de cosas serias... No te olvidarás de pasar hoy mismo á escoger los colores del auto.
- LUISA Sí... me pasaré.
AND. Yo iré mientras á casa del electricista... Tendremos que repartirnos el trabajo, porque si no no acabaremos nunca.
- LUISA Sí... sí... (Andrés hojea su Agenda. Pausa larga.)
Dime, Andrés.
- AND. ¿Luisa?
LUISA ¿Y eso duró mucho tiempo?
AND. ¿El qué?
LUISA Tus relaciones con... con ella.
AND. ¡Oh!... No hace un minuto que me has prometido, que me has jurado...
LUISA Bien puedes decirme...
AND. ¡Oh!
LUISA Nada más que eso... ¿Cuánto duró?
AND. Dieciocho meses...
LUISA ¿Y por qué dieciocho meses precisamente?...
¿La veías con frecuencia?
AND. No... sí.
LUISA Y cuando ibas á verla, ¿estabas allí mucho tiempo?
AND. (Con reproche.) Luisa...
LUISA (Obstinaða) ¡Quiero saberlo!
AND. Luisa, Luisita... Te voy á decir como acabará todo esto... Vas á ver entrar en este salón un cisne.
LUISA ¿Un cisne?
AND. Sí. Y una barquilla; y un río; y un bosque; y una porción de coristas mal afeitados.
LUISA ¿Qué estás diciendo?
AND. ¡Lohengrin!... Y el cisne me llevará, y tú me perderás, y toda la culpa será tuya... Porque es justo que tu curiosidad sea castigada, como lo fué la de la fastidiosa Elsa y la de la rubia Psiquis y la de nuestra madre Eva... sin hablar de otra porción de mujeres.
LUISA (sin escucharle.) ¿Dónde la veías?
AND. Bien. Ya estás avisada. Voy á responderte.
LUISA ¿Dónde la veías?
AND. En su casa.

- LUISA ¿Con qué pretexto?
AND. Yo pasaba por el secretario de una de las Asociaciones que preside.
- LUISA ¿Cuál?
AND. La Asociación para la enseñanza de los indios malgachos.
- LUISA ¡Qué país, ese Madagascar!... Pero... podían haberos sorprendido...
AND. (Irritado) No, no...
LUISA Sí... Explicáte...
AND. Porque... Cuando yo estaba allí, el ayuda de cámara tenía orden de responder: «la señora está conferenciando con el secretario de los indios malgachos.» Ahí tienes. ¡Ah! ¡Esos malgachos!
- LUISA ¿Y tú... la engañabas?
AND. (Vacilando.) ¿Que si la engañaba? Sí.
LUISA ¡Ah! ¡La engañabas! ¡Luego la querías!
AND. No, no... Te lo he dicho por contentarte... No la engañaba.
- LUISA ¡Ah, no la engañabas!... ¡Te tenía tan enamorado!
AND. ¡Puff!...
LUISA (Vuelve á tomar la fotografía.) No, y como guapa, es guapa.
- AND. ¿Tú crees?... Sí, es guapa.
LUISA Un cuerpo muy bonito.
AND. Muy bonito y muy airoso.
LUISA Un poco delgada.
AND. No, no...
LUISA Un pelo muy hermoso.
AND. Sí, muy hermoso, muy...
LUISA (Estallando.) ¿Ves, ves cómo la recuerdas?
AND. No, no... No la recuerdo, no pensaba siquiera en ella. Yo estaba tranquilo, bien tranquilo... Y tú te has empeñado en remover esos escombros trayéndome á la memoria una porción de cosas... ¡Esto es muy peligroso!
- LUISA Se acabó, te lo prometo. Jamás volveré á hablarte de semejante cosa.
AND. Eso, eso...
DONC. (Entrando.) La señora marquesa espera en su coche á la señora.

- LUISA Ah, sí... Voy, voy. (Mutis la Doncella.) Qué pena tenerme que marchar... Pero vuelvo en seguida; vamos á un asunto de la tía muy cerca... ¿Vas á salir tú?
- AND. Sí, ahora mismo.
- LUISA No cojas frío; abrigate bien... Y sobre todo no te olvides de llevarte el fular... Aquí le tienes. (Se le enseña sobre la mano.)
- AND. No le olvidaré.
- LUISA Hasta luego. (Le abraza.)
- AND. Hasta la noche.
- LUISA ¿Son mejores mis abrazos que los suyos?
- AND. Sí, sí... (Mutis Luisa por la derecha. Al salir le envía un beso.)

ESCENA IX

ANDRÉS. En seguida LUCIANA

- AND. ¡Qué terrible es, á veces, una mujer enamorada!... (Coge el retrato de Luciana, le mira, vuelve á dejarle en su sitio, toma un cigarrillo, lo deja sin encenderlo y otra vez coge el retrato)
- FRAN. (Entrando.) Señor... La señora de Morfontaine.
- AND. (Aparte.) ¡Luciana!
- FRAN. La he dicho que la señora acababa de salir y ha preguntado que si puede ver al señor.
- AND. Que pase... No, no... Que no estoy... que no estoy.
- LUC. (Entrando.) ¿Cómo que no está usted...?
- AND. Ah, ¿es usted, Luciana...? No había comprendido... Dispénsame usted. (Mutis Francisco.)
- LUC. Qué... ¿le doy á usted miedo?
- AND. Nada de eso... Me alegro infinito de verla. Sólo que... es una sorpresa... sobre todo hoy, en este instante... Sí; es una sorpresa.
- LUC. ¿Agradable?
- AND. Mucho.
- LUC. ¡Bah!
- AND. ¿De manera que ya está usted en París?
- LUC. Creo que sí.

- AND. ¿Y desde cuándo?
- LUC. Desde esta mañana... ¿No recuerda usted que prometí á Luisa que mi primera visita sería para ella?... Yo cumplo siempre mis promesas... ¿Y cómo está su mujer de usted?
- AND. ¿Mi mujer?... Ah, sí; mi mujer... Está muy bien... muy bien... muy bien... Y, además, este año hemos tenido un invierno muy bueno.
- LUC. Ah, ¿sí?
- AND. Sí... ¿Me encuentra usted un poco tonto, verdad?
- LUC. Le encuentro á usted casado.
- AND. ¡Esto me cambia!
- LUC. Un poco.
- AND. ¿En qué?
- LUC. No lo sé... Le veo á usted... no sé cómo decirlo... muy tranquilo.
- AND. Sí...
- LUC. ¿Sabe usted á lo que se parece?
- AND. No.
- LUC. Al gran ducado de Luxemburgo.
- AND. ¿Por qué?
- LUC. Porque es un país neutralizado... Usted también es ahora neutral... ¡Pobre Andrés!
- AND. ¡No está mal!
- LUC. (Le tiende la mano) Y por eso ahora se le puede dar la mano con indiferencia, como á un buen amigo. (Muy coqueta.) ¿Verdad, Andrés, que somos dos buenos amigos?
- AND. (Un poco turbado) Sí, sí; dos buenos amigos...
- LUC. Así es que puedo marcharme satisfecha...
- AND. ¿Se marcha usted ya?... ¡Vaya usted con Dios, puesto que tiene tanta prisa!... (sin soltarla una mano.)
- LUC. Bueno, pero devuélvame usted mi mano.
- AND. Sí, sí... Ahí la tiene usted... Pero creo que debería usted esperarse un poco, siquiera el tiempo preciso para que yo la contemplara, y la...
- LUC. Es verdad; porque ya debe usted tenerme olvidada...
- AND. ¿Está usted segura?

- LUC. Sí... ¿Ha pensado usted en mí alguna vez?
AND. Ya lo creo... Sobre todo, hace un momento...
¿Y usted...? ¿Ha pensado usted en mí?
- LUC. ¡Nada de eso!
AND. ¡Qué lástima!
LUC. ¿Por qué?
AND. Porque nunca ha estado usted más deliciosa que ahora... más agresiva...
- LUC. Déjese usted de adjetivos, que nada significan.
AND. Sí; se lo juro... Tiene usted un no sé qué... una gracia...
- LUC. La gracia de una mujer á quien no se ha visto en cuatro meses... ¡Es lo más apropiado!... La risa y el olvido, es lo que sienta mejor á las rubias.
- AND. ¡Qué provocativa!
LUC. Vamos, Andrés, no se enfade usted... Tengo que pedirle un favor. (Andrés se aproxima vivamente, pero ella le detiene con un gesto.) Es una consulta... Ya sabe usted que he estado una temporada en Escocia. Me he divertido mucho, he sido obsequiadísima y, naturalmente, me han hecho la corte... ¿Qué le parece á usted el baroncito de Girón?
- AND. ¿Por qué me lo pregunta?
LUC. Por saberlo.
AND. ¿Pero por qué quiere usted preguntarme semejante cosa?
LUC. Y usted, ¿por qué no quiere contestarme?
AND. No... por nada.
LUC. Bueno, pues dígame... ¿Qué piensa usted del baroncito de Girón?
AND. Lo que todo el mundo; que es muy antipático... Un majadero insoportable... ¡No hablemos del baroncito de Girón!
- LUC. Entonces, ¿prefiere usted á lord Huxdale?
AND. ¿Huxdale?... ¡No, no!... ¡Huxdale!... Un borracho, un animal... que no sabe hablar más que con sus caballos.
- LUC. Vamos, entonces prefiere usted al baroncito...
AND. ¡Nada de eso!... ¿Pero por qué me hace usted estas preguntas? Eso es una falta de tacto...

- LUC. ¿Una falta de tacto?... ¿Pues no hemos quedado en que somos dos buenos amigos?
- AND. ¡Yo no soy amigo de usted!
- LUC. ¿Qué está usted diciendo?
- AND. No lo sé... Lo que me desespera es no saber lo que soy, lo que...
- LUC. Vamos, Andrés, tranquilidad, se lo ruego... ¿No ve usted que yo estoy tranquila?
- AND. ¿Usted? ¿Usted está tranquila?
- LUC. Naturalmente.
- AND. ¿Tranquila?
- LUC. Sí...
- AND. ¡Ahora lo veremos! (Pretende abrazarla.)
- LUC. (Huyendo.) Andrés...
- AND. (Estrechándola.) ¿Por qué huye usted? Puesto que está usted tranquila y yo soy el gran ducado de Luxemburgo, ¿qué inconveniente hay en dejarse abrazar por un país neutralizado?
- LUC. (Defendiéndose.) ¡Andrés!
- AND. Luciana... Luciana.
- LUC. No... Déjeme usted, Andrés.
- AND. ¡Dos... dos contra mí! Yo no tengo fuerzas para defenderme.
- LUC. ¿Qué dice usted?
- AND. Que soy un héroe desde hace un cuarto de hora, y mi heroísmo no puede resistir más de quince minutos.
- LUC. No quiero, Andrés, no quiero... Cállese usted, cállese usted y déjese de locuras... Está usted casado, es usted feliz, es usted el más fiel y el más digno de los esposos...
- AND. ¡No, no!
- LUC. (Tomando el fular de la mesa.) ¡Ah, el fular!... Tan blando, tan cómodo... Usted le lleva ya en el corazón... ¿Y las zapatillas? No las he visto... ¿Dónde están?
- AND. Calle, calle... ¡No me diga usted eso!
- LUC. ¿Por qué?
- AND. ¡Es demasiado!... El fular, las zapatillas... ¡el matrimonio! Este gusto de tisana... Usted no se ocupó jamás de mi salud... Al contrario... ¡Es usted adorable! (Quiere abrazarla.)
- LUC. ¡Andrés!

- AND. Luciana, Luciana... Al volverla á ver, siento que resurgen todos los recuerdos de nuestro amor, palpitantes, deliciosos...
- LUC. ¡Riquet! (se defiende mimosamente y poco á poco se da por vencida.)
- AND. ¿Lo ves?... Vuelve todo el pasado; un pasado que quiere ser presente...
- LUC. Calle usted, calle usted... Cállate.
(se abre la puerta y entra Francisco.)
- FRAN. El señor Vernet avisa que ha terminado su trabajo en la biblioteca, y que desea hablar con el señor.
- AND. Bien, dígame usted que baje, que yo me voy... Es decir, no... Dígame usted que volveré... Voy á salir... Mi paletot.
- FRAN. Bien, señor. (Atraviesa la escena y sale por la izquierda dejando la puerta abierta.)
- AND. Me permitirá usted... (En voz baja.) ¡Te adoro! (cambiando de tono.) Me permitirá usted que la acompañe hasta su casa.
- LUC. Con mucho gusto.
- AND. (vto.) Además, hace buen tiempo, mejor que nunca...
(Sale Francisco con el paletot.)
- LUC. Creo que ha cambiado el aire...
- AND. ¡Como no tiene otra cosa que hacer!... Pase usted... (Aparte al salir.) ¡Es extraordinario! (Mutis con Luciana.)

ESCENA X

FRANCISCO que arregla la mesa, dobla un periódico, etcétera.

Luego ERNESTO

- ERN. ¿Ha dicho usted al señor que deseaba hablar con él?
- FRAN. Sí, señor... Pero ha tenido que salir... Volverá en seguida.
- ERN. Muy bien... Y la señora también ha salido, ¿verdad?
- FRAN. Sí, señor.
- ERN. (sacando una carta del bolsillo.) Perfectamente...

Va usted á hacerme el favor de dar esta carta á la señora.

FRAN. Muy bien, señor.

ERN. (Al ir á entregársela, se detiene.) No... Sí... No... Tengo que añadir una palabra...

FRAN. Aquí mismo tiene el señor pluma y tintero. (Mutis.)

ERN. (Se sienta al escritorio;) He preferido escribirla, porque me parece más acertado. (Releyendo la carta.) «Luisa...» (Toma una pluma.) ¿Querida Luisa?... (Vuelve á dejar la pluma y sigue leyendo con emoción creciente.) «Luisa. Suplico á usted que me dispense por mi actitud de siempre, cuya causa voy á explicarla ahora... Yo la he amado sin que usted se entere... Iba á decírselo hace seis meses, en el mismo instante en que usted me anunció su boda... Después, he procurado olvidarla; pero hoy, al volverla á ver, he comprendido que mi amor será eterno... Dispéñeme usted que me aleje. No me verá usted más... Adiós, Luisa, adiós... Creo que si estuviera usted presente, no me atrevería á decirle nada de cuanto la digo por escrito. Su respetuoso y rendido—Ernesto.» (La mete en el sobre.) Sí; prefiero no haberla visto, que no haya vuelto... He tenido buena suerte por una vez. (Entrando.) La señora acaba de llegar.

FRAN.

ERN. ¡Ah! (Se mete la carta en el bolsillo.)

ESCENA XI

ERNESTO y LUISA

LUISA Buenas tardes, Ernesto. ¿Tenía usted que hablarme?

ERN. No, no...

LUISA ¿Cómo? Pues si me ha dicho Francisco...

ERN. ¡Ah, sí, sí, sí! (Pausa.)

LUISA Usted dirá.

ERN. (Muy apurado.) Yo diré... (Se detiene.)

LUISA (Sorprendida.) ¡Ya le escucho!

- ERN. Sí, gracias... Solo que es una cosa tan delicada... Estoy un poco aturdido, aunque no lo parece... No encuentro las palabras precisas, y por eso... (Busca en el bolsillo y coge la carta.) Ya las he encontrado.
- LUISA ¿Qué significa esto?
- ERN. (Saca á medias la carta del bolsillo y la lee á hurtadillas.) Sí, señora... Quisiera que me dispensara usted por mi actitud de siempre, cuya causa... Yo la he amado.
- LUISA ¿Usted?
- ERN. Sí... Iba á confesarla á usted mi pasión en Jouvigny cuando me envió usted á poner aquel telegrama tan largo... tan largo...
- LUISA ¡El telegrama! Por cierto que aun no se lo he pagado.
- ERN. No podría usted pagarlo con nada... Durante su ausencia he procurado olvidarla. (Lee á hurtadillas la carta que ha sacado del bolsillo.) Pero hoy, al volverla á ver, he comprendido que mi amor será eterno. (Insensiblemente lee en voz alta toda la carta.) Dispénseme usted que me aleje. No me verá usted más... ¡Adiós, Luisa, adiós! Creo que si estuviera usted presente, no me atrevería á decirla nada...
- LUISA ¿Cómo, si estuviera yo presente?
- ERN. (Sin escucharla.) Nada de cuanto la digo por escrito... Su respetuoso y rendido, Ernesto.
- LUISA (Que ha visto la carta, se la quita de las manos, muy emocionada.) Démela usted... Y permíteme usted, Ernesto.
- ERN. No hay de qué... He tenido mucha razón, Luisa... Entre Andrés y yo, yo tampoco hubiese dudado... Le hubiera escogido á él.
- LUISA ¿Verdad?... Usted es mi amigo. Usted tiene buen corazón y una exquisita delicadeza... Usted es sincero, leal.
- ERN. ¡Oh!... ¡No me diga usted esas cosas tan desagradables!
- LUISA Pero no querrá darme el disgusto de alejarse de mí... de nosotros.
- ERN. Sí, sí... Es preciso... Usted tampoco querrá que yo sea desgraciado. Si usted lo exige, lo seré; pero prefiero no serlo.

- LUISA No, no; no es posible... Usted volverá, y muy pronto.
- ERN. Sí, muy pronto... Cuando tenga usted niños y sean grandecitos... Adiós, Luisa. (Ella le tiende la mano, que él estrecha; retrocediendo hasta la puerta tira una silla.)
- LUISA ¡Oh!
- ERN. No es nada... Es la última silla que tiraré aquí... Adiós... (Mutis.)

ESCENA XII

LUISA. Luego FRANCISCO. Después MARÍA

- LUISA ¡Pobre muchacho! (Mira un mometo la carta y luego la deja sobre la mesa.) ¡Pobre muchacho! (Entra Francisco.) ¿Ha salido el señor, Francisco?
- FRAN. Sí, señora, hace un momento.
- LUISA ¡Tan tarde!
- FRAN. Olvidaba decir á la señora que ha estado aquí la señora de Morfontaine.
- LUISA ¿Que ha estado aquí?...
- FRAN. La ha recibido el señor.
- LUISA ¡Ah, el señor!... ¿Y sabe usted, Francisco, dónde ha ido el señor?
- FRAN. Dijo, al salir, que iba á acompañar á su casa á la señora de Morfontaine.
- LUISA Está bien. (Mutis Francisco.) ¡A su casa! ¡Estará en su casa! Ahora lo veremos! (Toca el timbre del teléfono.) ¡Ah, los miserables, los miserables!... (Buscando en la lista del teléfono.) Morfontaine... Morfontaine, grabador... Morfontaine, cerrajero... ¡Ah, quinientos veintitres! (Al aparato.) Señorita... ¡Los miserables! No, no hablo con usted... Pero yo la suplico, señorita, si es usted una mujer que me ponga inmediatamente en comunicación con el quinientos veintitres. (Entra María.) ¡Ah, María!... No quiero que sepan que soy yo... (Le da el aparato.) Tenga usted. Pregunte usted si la señora de Morfontaine está en su casa...

- MARÍA (Hablando al aparato.) ¿Está en casa la señora de Morfontaine? (A Luisa.) Sí, señora.
- LUISA Diga usted que haga el favor de ponerse al aparato.
- MARÍA (Al aparato.) Que tenga la bondad de ponerse al aparato. (Escucha.) Bien. (A Luisa) Que es imposible.
- LUISA Insista usted... Insista usted... Que es urgente.
- MARÍA (Al aparato.) Que es muy urgente. (Escucha.) ¡Ah, bien!
- LUISA ¿Qué han respondido?
- MARÍA Que no pueden pasarla recado porque está conferenciado con el secretario de los indios malgachos.
- LUISA ¡Oh, basta, basta! (María cuelga los receptores.) ¡Déjeme usted, déjeme usted! (Mutis María.) ¡Está bien claro!... ¡Está bien claro! No se han tomado el trabajo de inventar un nuevo pretexto... ¡Ni siquiera han cambiado de colonia! Pero yo iré... No, no iré... Que se lo guarde.... Yo me vengaré, como le he prometido... No importa cómo, no importa con quién... (Ha tomado maquinalmente la carta de Ernesto y lee:) «...que mi amor será eterno...» ¡La carta de Ernesto! ¡Sí, sí! Estoy decidida... (se sienta al escritorio y escribe rápidamente.) «Ernesto, le creo. Yo también le amo. Iré á verle dentro de un instante.» La dirección. Ya está. (La mete en un sobre, que escribe.) Ahora á mi tío. (Escribe.) «Andrés me engaña. Esta noche á las ocho, yo también le engañaré.» (La mete en un sobre, que escribe, y luego en otro pliego.) A mi tía. «Andrés me engaña. Esta noche, á las ocho, le habré pagado en la misma moneda.» (Idem, ídem Toma otro pliego y se detiene.) No. Ya no tengo que avisar á nadie más. (Se levanta y llama Entra Francisco.) Estas cartas. Deje usted esta ahí al lado, en casa de mi tía; toma usted un coche y lleva usted las otras dos inmediatamente. (A María, que entra.) Mi sombrero, mi capa y un velo. No, nada de velo. (Mutis María. A Francisco.) Que me espere el auto ahora mismo á la puerta del jardín.

FRAN. Bien, señora. (Mutis.)
LUISA ¡Qué dulce es la venganza! ¡Dios mío, qué dulce! (Entra María con lo pedido.) ¡Sí, María, no sabe usted qué dulce es la venganza!

MARÍA ¿La señora está enferma?
LUISA No, hija mía, no... Nunca he estado mejor que ahora. (Mutis María. Luisa se dirige hacia la puerta del foro y se detiene súbitamente, vacilando.) ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué es lo que voy a hacer?

ESCENA XIII

DICHA y el PADRE MERLÍN

P. MER. (Entrando.) Al fin, hija mía.
LUISA Ah, ¿es usted, padre cura? Soy muy desgraciada, muy desgraciada.

P. MER. ¿Tú?... ¿Por qué?
LUISA Andrés tiene una amante...
P. MER. ¿Cómo?... ¡El!... ¡Un chico tan bueno!... ¡Faltar así al noveno mandamiento!... No es posible.

LUISA Sí, sí... Es seguro.
P. MER. ¡Ay!... ¡Siempre han de tropezar en ese mandamiento!

LUISA ¡Qué infamia! ¡Yo que tanto le quería!
P. MER. ¡Pobre hija mía, tu dolor me entristece!... Pero, vamos, ten calma... Ya se arrepentirá... Ya volverá... La carne es flaca, pero el corazón es bueno... Ya volverá.

LUISA ¡Será tarde!
P. MER. ¿Cómo tarde, hija mía?
LUISA Sí, padre... Porque él se ha creído que yo soy una tonta, que podría burlarse de mí... ¡y está en un error!... ¡El me ha faltado! Estamos en paz. ¡Yo también le he faltado!

P. MER. ¿Qué dices? ¡Eso es horroroso! Tú... ¡Una cristiana! (Cayendo en una silla.)
LUISA Sí; pero también una pecadora... Mi falta es grave, ya lo sé; pero usted debe perdonármela, pensando en mi disculpa, que he sido

- dominada por la cólera, por el deseo de venganza...
- P. MER. Hija mía... hija mía...
- LUISA Ha ofendido mi dignidad de esposa, á los cuatro meses de matrimonio, sin tener de mí la menor queja, en el mismo momento en que volvíamos de nuestro viaje de novios... ¡Es una indignidad, una indignidad! (Llora.)
- P. MER. Hija mía, esas lágrimas te purifican.
- LUISA ¿Verdad que me perdona usted? ¡Necesito que usted me perdone!
- P. MER. Sí, hija mía, sí... ¿Cómo no perdonarte?
- LUISA (Se repone, toma el velo, etc.) Gracias, padre cura, gracias... Entonces... ¡Alla voy! (Sale corriendo por el foro.)
- P. MER. (Asombrado.) ¿Cómo: «Entonces, allá voy»? ¡Luisa! (Va á la puerta.) Se ha marchado. Corre por el jardín... ¿Qué quiere decir esto?

ESCENA XIV

DICHO y la MARQUESA, que llega muy sofocada

- MARQ. ¡Ah, señor cura!... ¿Dónde está Luisa?
- P. MER. Se acaba de marchar ahora mismo.
- MARQ. ¡Dios mío! ¡Es preciso alcanzarla!
- P. MER. ¡Imposible! La he visto montar en un coche mecánico.
- MARQ. Entonces... ¡*Consumatum est!*
- P. MER. ¿Qué?
- MARQ. Lea usted. (Le da la carta de Luisa.)
- P. MER. (Lee.) «Andrés me engaña... Esta noche, á las ocho, le habré pagado en la misma moneda.» ¿A las ocho?... ¿Qué dice?
- MARQ. Hoy... Ahora mismo.
- P. MER. ¡Señor!... ¿Qué es lo que yo he hecho? Ahora comprendo lo de «entonces... allá voy».
- MARQ. ¿Qué dice usted?
- P. MER. Que ahora comprendo lo de «entonces... allá voy».
- MARQ. ¿Cómo?

P. MER. Ella me dijo que ya se había vengado, que ya había cometido la falta... Y yo...

MARQ. ¿Qué?

P. MER. La perdoné... La perdoné... por adelantado.

MARQ. ¡Ah!

P. MER. ¡Dios mío!... ¿Para qué he venido á París?

MARQ. La culpa es de mi sobrino. ¡Yo sí que nunca le perdonaré!

P. MER. ¿Por faltar á sus deberes?

MARQ. Por haberse dejado coger en el garlito. ¡Qué tiempos, qué costumbres! El marido engaña á su mujer, y una hora después la mujer engaña á su marido... Se quieren, no se quieren... Todo á escape, todo al vuelo... Esta es la edad del cinematógrafo...

P. MER. Abraham, cuando menos, para dar una rival á su esposa Sarah, aguardó á tener ciento sesenta y siete años...

MARQ. Yo no le pedía tanto.

P. MER. ¡Señor, Señor!

MARQ. ¿Pero dónde podrá estar Luisa?... Corramos á casa de ¡Carteret... Francisco!

P. MER. ¡Señor!... ¡Señor! Nos hace falta un milagro.

MARQ. Y un coche. (Entra María.) Un coche en seguida. (Mutis María.) Pobre Andrés... ¡Qué familia la nuestra!... ¡Otro Juvygnny engañado! Está escrito que lo serán todos...

P. MER. ¿Qué dice usted, señora Marquesa?

MARQ. Nada... Creí que estaba en el confesonario... Vamos, señor cura.

P. MER. ¡Dios mío!... ¿Para qué he venido á París?...
(Salen.—Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Gabinete de trabajo de Ernesto, puesto con sencillez, pero muy confortable. Muebles antiguos, retratos y recuerdos de familia. En un cuadro el diploma de la Legión de Honor, de su tío; en otro el retrato de su madre. Librerías altas; una escalera portátil con barandilla, para subir á ellas. Chimenea. Una mesa con muchos papeles á la izquierda; un sillón. A la derecha una mesita con el mantel puesto y servicio para uno. Libros por todas partes. Puerta al foro y lateral izquierda. Un espejito en cualquier lado.

ESCENA PRIMERA

ROSA, entrando un paquete de libros que coloca en el reborde de la librería. Después ERNESTO

ROSA (Mirando el título.) *Historia de Filipo y Augusto.* ¿Qué le parece á usted? (Quita los libros de una silla y los coloca sobre la chimenea.) ¡Dios mío, cuánto librote! Y, seguramente, todos pondrán lo mismo; porque no es posible que haya tantas cosas nuevas que decir. (Entra Ernesto muy abatido.) ¿Ya estás aquí?

ERR. Sí.

ROSA Hace un momento te han traído unos libros.

ERN. ¿Qué libros?

ROSA *La Historia de Filipo y Augusto.*

ERN. (sombrio.) Bueno. Dame una chaqueta vieja, la más vieja de todas.

- ROSA Voy... Pero, ¿qué te pasa? Parece que estás disgustado.
- ERN. No; estoy muy contento. (Rosa entra en el cuarto de la izquierda y sale en seguida con una chaqueta vieja. Mientras, Ernesto se ha quitado la otra.)
- ROSA Aquí tienes. (Recoge la que le da Ernesto, que se lleva, saliendo en seguida.)
- ERN. ¡Ah! La señorita Sofía viene á comer conmigo como otras noches. Hoy no tiene lección.
- ROSA Podías haberme avisado antes para hacer algún extraordinario.
- ERN. Ya sabes que es de confianza. (Sale Rosa por el foro y vuelve á poco trayendo otro cubierto y platos que coloca en la mesa mientras Ernesto ordena algunos libros.)
- ROSA La pondré su cubierto aquí, junto á la chimenea... Veo que vais intimando... Y parece muy buena, ¿verdad?
- ERN. Mucho... Tú no sabes lo que ha hecho por mí... Por mí ha despreciado á un profesor de bandurria que la quería locamente... ¡Eso es tener corazón!
- ROSA ¡Ya lo creo!
- ERN. Desde entonces la profeso un profundo afecto que durará toda la vida.
- ROSA Haces bien. (Llaman.)
- ERN. Han llamado. Será ella.
- ROSA Voy á ver. (Sale foro y vuelve en seguida.) Es una carta. (Se la da y se marcha.)
- ERN. (Abre la carta y lee.) «Ernesto: Le creo... Yo también le amo á usted. Dentro de un instante iré á verle. Luisa.» (Cae desplomado en la silla.) Esto es una broma... No puede ser más que una broma... ¡Rosa! ¡Rosa! (Rosa entra.) ¿Quién ha traído esta carta?
- ROSA Un criado.
- ERN. ¿Qué señas tiene?
- ROSA Alto, delgado, con unas patillitas blancas.
- ERN. ¿Con patillas blancas? No cabe duda, es Francisco. Rosa, voy á darte un abrazo. (Se levanta y se vuelve á sentar muy agitado.)
- ROSA ¿Pero qué tienes? ¿Qué te sucede?
- ERN. ¡Soy feliz! ¡Me ama! ¿Comprendes mi ale-

gría? ¡Amado por una mujer que me ama y á quien yo también amo! ¡Ves que prodigiosa coincidencia! Soy feliz... Dame una americana nueva... ¡la más nueva de todas! (El mismo juego de antes, pero Ernesto deja sobre una silla la chaqueta que se quita.) Puede ser que ella no haya comido todavía. (A Rosa cuando sale.) Mira, saca una botella de Champagne. Es preciso que no falte Champagne.

ROSA

¿Champagne?

ERN.

¡Sí... Y que todo esté bien arreglado. (Mira los libros que han traído al principio del acto.) Quita esto pronto. *Filipo y Augusto* Esto es demasiado triste... y esto también. (La carga los brazos de libros de junto á la mesa de comer.) Llévatelos lejos. (Rosa los coloca al otro lado.)

ROSA

¿Pero quieres decirme lo que pasa?

ERN.

Lástima que no haya unas flores para alegrar un poco la mesa.

ROSA

Tal vez las traiga la señorita Sofía como otras veces.

ERN.

(Cambiando de tono.) ¡Caramba! ¡Es verdad! ¡Sofía! ¿Y cómo decirla? Darla ese disgusto yo mismo... No podré... No podré... ¿Pero qué es lo que voy á hacer?

ROSA

¿Qué estás diciendo?

ERN.

Rosa... Rosa... Tú tienes suficiente edad para comprender las cosas de la vida. Escucha: en mi existencia se ha operado una transformación radical, un verdadero trastorno.

ROSA

De seguro que vas á hacer una tontería.

ERN.

¡Sí, sí... Espero aquí á una persona que vendrá dentro de un momento y que no es Sofía. ¿Comprendes?

ROSA

¿Y serás capaz? ¡Con lo que ella te quiere!

ERN.

¡No me lo recuerdes! Por eso mismo yo quiero ser franco y leal con esa pobre muchacha. Tú la hablarás.

ROSA

¿Yo?

ERN.

¡Sí. Es necesario. Con mucha delicadeza, ¿sabes? Entre mujeres estas cosas se arreglan fácilmente. Tú se lo dirás todo.

ROSA

¿Pero qué es lo que voy á decirla?

ERN.

Pues... que no he podido esperarla... Que un

- amigo... un amigo íntimo... Que tengo precisión de salir esta noche... Que mañana iré á verla ó antes quizás... Que lo siento muchísimo, pero que no hay más remedio...
- ROSA ¡Dios mío! ¡Tan buena como es!
- ERN. Precisamente por eso voy á exigirte una cosa: es indispensable que no sufra.
- ROSA Pero...
- ERN. Nada, nada; te lo exijo. Arréglatelas de manera que Sofía no sufra. Y si sufre, no me lo digas, ó por lo menos no me lo digas hoy... ¿Has comprendido bien?
- ROSA Creo que nunca podré decirla...
- ERN. Sí podrás, vaya si podrás... No hay más que tener un poco de calma. ¿No me ves á mí? (Llaman.) ¡Han llamado! Si es alguien que pregunta por mí, me avisas inmediatamente. Si es Sofía, ya sabes. (Sale escapado por la izquierda.)
- ROSA No sé cómo decírselo, no sé... (Mutis por el foro.)

ESCENA II

ROSA y SOFÍA con un gran «bouquet» de violetas que pone sobre la mesa

- SOFÍA Mi ramito, como de costumbre... Y este es bien hermoso... Ya tiene usted preparada la mesa... ¡Y junto á la chimenea!... ¡Qué bien le cuida á usted Ernesto! ¡Cómo le mima!
- ROSA Le he criado á mis pechos y nunca me he separado de él.
- SOFÍA Él también la quiere á usted mucho... ¿No ha venido?
- ROSA Sí.
- SOFÍA ¿Y dónde está? (Rosa calla un momento y después rompe á llorar ruidosamente.) ¿Qué ocurre?... ¿Qué pasa aquí?... ¿Dónde está Ernesto?
- ROSA No le busque usted.
- SOFÍA ¿Por qué?
- ROSA Porque... ¡No le busque usted!
- SOFÍA ¿No quiere verme?... ¿No quiere verme más?

- ROSA ¡Creí que nunca podría decirselo á usted!
- SOFÍA ¿Otra mujer?...
- ROSA No sé... Quizás... Él no tiene la culpa. ¡Pobre Ernesto!... En su existencia ha habido una transformación radical... Va á cometer una tontería... Él la explicará á usted. Iré mañana á verla ó antes quizás... ¡Yo estoy muy disgustada con él!
- SOFÍA No, no le disguste... Ha sido muy bueno para mí y no me quejo... Ya sabe usted que sé resignarme...
- ROSA Sí; y que es usted muy buena... Como cuando fingía usted estar celosa, porque esto le agradaba mucho. ¡Esas mentiras son inocentes y el Señor las perdona!
- SOFÍA No, Rosa; Dios no perdona nunca las mentiras.
- ROSA ¡Es un decir!... Pero yo creo que como Dios es tan bueno, no deja que se diga siempre la verdad.
- SOFÍA Usted me la oculta ahora, Rosa; pero yo la adivino... ¡Que le vamos á hacer!...
- ROSA ¿Sufre usted?
- SOFÍA Sí... Mucho.
- ROSA ¡Y tanto como él me recomendó que no sufriera usted!
- SOFÍA Bueno, pues dígame que no he sufrido mucho... Lo importante es que él sea feliz.
- ROSA ¡Es que deberían ustedes serlo juntos!
- SOFÍA ¡Qué quiere usted!... La felicidad que se tiene nunca parece felicidad... Por eso hay que correr tras la que no se tiene.
- ROSA Pero este pobre Ernesto no sabe, no sabe... ¡Acabará sufriendo!...
- SOFÍA En ese caso, Rosa, llámeme usted, llámeme usted... Adiós. (Mutis foro.)

ESCENA III

ROSA y ERNESTO

- ROSA (Se enjuga los ojos ruidosamente y luego va á la puerta de la izquierda y llama.) ¡Ernesto!
- ERN. (Entrando.) ¿Y qué?

- ROSA Que ha traído el ramo, como siempre, y que se ha marchado.
- ERN. ¿Y...?
- ROSA Nada. Ha sido muy buena, muy razonable.
- ERN. ¿No ha llorado?
- ROSA Ella no.
- ERN. ¿Y el Champagne?
- ROSA Ya voy, ya voy.
- ERN. Traéme también un pañuelo.
- ROSA Bueno. (saliendo.)
- ERN. Ah, mira. (Meditando un momento y restregándose las manos.) Ponme en el pañuelo unas gotas de agua de Colonia.
- ROSA ¡Este es el fin del mundo! (Mutis foro.)
- ERN. (Trata de silbar y no lo consigue.) ¡Qué lástima no saber silbar! (se arregla el pelo en el espejo y rehace dos ó tres veces el nudo de la corbata.) Sobre todo es preciso no tener trazas de sabio. No está mal, no está mal del todo... Ahora ya parezco un hombre sin ninguna instrucción. Sólo me falta una flor en el ojal... Ah, violetas. ¡Precisamente!... (Va á tomar algunas del ramo, pero se detiene) ¡Oh, no... no puedo! ¡Las violetas de Sofial... Yo no olvido tan pronto!
- ROSA (Entra con lo que dice.) Un pastel de perdiz... Fiambres... Aquí tiene usted todo. El Champagne... Su pañuelo...
- ERN. ¿Por qué me llamas de usted?
- ROSA Para que se entere usted de mi protesta... Vinos finos, agua de Colonia... No me hacen gracia estos lujos.
- ERN. ¡Bah! ¡Esta Rosa!...
- ROSA ¿No me necesita usted para nada?
- ERN. No, no... Puedes marcharte.
- ROSA No deseaba otra cosa. (Suena la campanilla.)
- ERN. ¡Rosa, que llaman!
- ROSA No quiero abrir.
- ERN. ¡Pero mujer!...
- ROSA No quiero abrir. (Mutis con aire muy digno.)

ESCENA IV

ERNESTO, que va á abrir y entra en seguida con LUISA

- ERN. ¡Luisa, es usted!... ¡Ha venido usted misma!
¡Cuánto se lo agradezco!... ¡Qué feliz soy!
- LUISA Yo también, yo también.
- ERN. ¡Usted aquí! Pero, venga. No tenga usted
miedo. Estamos solos, completamente solos.
He despedido á la... al ayuda de cámara.
- LUISA Ha hecho usted bien. Tiene usted un gran
corazón. Es usted un hombre sincero, leal...
- ERN. ¡Oh, sí! (Mirándola.) ¡Usted aquí!... ¿Luego era
verdad lo que me decía en su carta? No me
atrevo á creerlo.
- LUISA ¿Por qué?
- ERN. ¡Ah! ¡Esa carta! ¡Esa admirable carta! ¡Esa
obra maestra!
- LUISA Pues la he escrito muy deprisa.
- ERN. No se ha dado usted cuenta. Mire usted,
mire usted todos esos libros. Ahí están
Henry Martín, Rollin, Gibbons, Guizot,
Thiers, Mignet, los más grandes autores...
Dos mil volúmenes. Léalos usted todos.
- LUISA No, no.
- ERN. No hallará usted en ninguno de ellos esta
encantadora frase: «Yo también le amo á
usted...» Los pobres no han sabido escri-
birlo... Luisa, usted es un grande hombre.
- LUISA No, amigo mío; yo soy una mujercita.
- ERN. Y ahora, explíqueme usted, dígame... ¿Ha
pensado usted seriamente esas palabras que
me ha escrito?
- LUISA ¡Sí; ya lo creo que sí!
- ERN. ¡Ah!... Porque, voy á decírselo con franque-
za. He tenido hace un momento cierto te-
mor, cierta ansiedad... He sospechado si
vendría usted aquí por despecho, por ven-
ganza... y entonces...
- LUISA ¿Y por qué ha sospechado usted semejante
cosa? No, no. He venido libremente, con

- toda sangre fría, después de haberlo reflexionado con calma, con recogimiento.
- ERN. Pero entonces, ¿qué ha pasado?
- LUISA Una cosa muy sencilla; que Andrés y yo no podemos vivir juntos, porque nos hacemos muy desgraciados.
- ERN. ¡Qué felicidad!
- LUISA Andrés es un hombre ligero, inconsciente, frívolo, seductor... Mientras que usted, Ernesto, no es nada de eso.
- ERN. (Picado.) Sin embargo, sin embargo...
- LUISA No, no; y por eso le amo á usted precisamente.
- ERN. ¡Ah! ¡Qué bromas gasta el amor!
- LUISA En fin... Ya he tomado una determinación; estoy decidida, completamente decidida á transformar mi vida, á emprender una existencia nueva.
- ERN. ¿Connmigo?
- LUISA Con usted... Quizás le exija que nos marchemos juntos: tal vez sea preciso que tronche usted su carrera, que renuncie á todos sus trabajos... Estoy pronta á darle estas pruebas de amor... Soy suya, suya... Completamente suya.
- ERN. ¡Ah, Luisa! Quítese usted el sombrero.
- LUISA Sí. Voy á quitarme el sombrero... Ya ve usted que no reparo en nada.
- ERN. Gracias, gracias... Si usted supiera la alegría que derrama en este rincón; la luz con que lo ilumina su sola presencia... Parece como que todo se maravilla de verla.
- LUISA (Mirando á su alrededor.) ¡Es simpática su casa! ¡Tiene un ambiente de honradez!
- ERN. (Vivamente.) No tanto, no tanto como usted cree.
- LUISA Sí, sí. Todas estas cosas antiguas, ya un poco deslucidas, tienen un dulce aspecto de calma y de reposo... Parece que estos muebles son como unas personas muy buenas, que forman parte de la familia.
- ERN. ¡Sí!
- LUISA Se ve que son prudentes y moderados; que no han ido á correr aventuras; que no se

han dejado vender á los prenderos. Estoy segura de que este *pouf* nunca ha sufrido una inconveniencia, y de que este viejo sillón jamás se ha separado de esta silla, que vendrá á tener su misma edad. ¿Me promete usted no enfadarse?

ERN. Se lo prometo.

LUISA. Pues... no sé... pero... tengo ahora mismo la impresión de estar en casa de mi abuela.

ERN. (Aparte.) Esto no es muy agradable que digamos.

LUISA. (Mirando un cuadro.) ¿Que significa este cuadro?

ERN. ¡Es el diploma de la Legión de Honor de mi tío! ¡Un hombre muy galante!

LUISA. (Idem.) ¿Y esta señora?

ERN. Mi madre.

LUISA. ¡Era muy bonita!

ERN. ¡Sí, muy bonita! Yo he salido á mi padre.

LUISA. Eso no importa. Usted siempre está bien, á pesar de todo.

ERN. ¿Le parece á usted? Entonces, Luisa, ¡quítese usted los guantes!

LUISA. Sí; me los voy á quitar. (se quita uno)

ERN. ¡Qué buena es usted! (Señalando el otro.) Y el otro también: los dos.

LUISA. ¡Es verdad! ¡Los dos!

ERN. ¡Oh, Luisa, Luisa! (Estrechándola las manos)

LUISA. Ya ve usted que nada le niego.

ERN. ¡Sí, sí!

LUISA. ¡Qué satisfacción la de engañar á su marido!

ERN. ¡Porque yo le engaño, le engaño!

ERN. ¡Sí, de cierta manera! ¡Sin embargo!...

LUISA. ¿Qué?

ERN. Si yo me atreviese...

LUISA. Atrévase usted, Ernesto, atrévase usted.

ERN. ¡Eso es, hay que ser atrevido! (Ella coge por la cintura y ella se desprende con viveza.)

LUISA. ¿Pero está usted loco, Ernesto?

ERN. No decía usted que...

LUISA. Sí, pero... (Volviendo hacia él.) como no estoy acostumbrada.

ERN. Yo tampoco. ¡Pero la amo tanto, tanto! ¡Confíe usted en mí; déjeme enamorarla, conquistarla!

- LUISA ¡Sí, sí! ¡Eso, eso!
- ERN. ¡Déjeme usted que la abrace... Luisa, Luisa!
(Quiere abrazarla y ella se escapa.)
- LUISA ¡No, no! ¡Déjeme usted, déjeme usted!
- ERN. (Persiguiéndola.) ¡Luisa, Luisa!
- LUISA ¡No quiero, no quiero!
- ERN. ¡Luisa!
- LUISA ¡Déjeme usted! (Se sube al último escalón de la
escalerilla portátil. Ernesto, desolado, se deja caer en
un sillón.)
- ERN. ¡Yo me había formado otra idea de una cita
amorosa! (Pausa Ernesto continúa silencioso y con
cara de contrariedad.)
- LUISA (Tímidamente.) ¡Ernesto!
- ERN. ¿Qué?
- LUISA ¡Ernesto, siento vértigos!
- ERN. Pues baje usted.
- LUISA ¡No, eso no; es imposible! ¡Prefiero quedar-
me aquí para siempre! ¡Esté usted tranquilo,
yo cumpliré mi palabra; emprenderé una
existencia nueva con usted! ¡Pero, en cuanto
á moverme de aquí, creo que no lo podré
hacer nunca!
- ERN. ¡Usted se complace en acumular las dificul-
tades!
- LUISA No se enfade usted conmigo, Ernesto.
- ERN. ¡No, si no me enfado, pero es que!... ¡Yo la
amo á usted: usted me ha dicho que me
amaba; nuestra situación es completamente
natural! ¡Bueno, pues vamos á conducirnos
de una manera natural! ¡Descienda usted,
Luisa!
- LUISA Entonces, ayúdeme usted.
- ERN. Cierre usted los ojos.
- LUISA Eso es. (Ernesto le ayuda á bajar.) Muchas gra-
cias.
- ERN. ¿Pero que la ha pasado á usted?
- LUISA ¡No lo sé; no acierto á explicármelo! ¡Crei
que era más fácil el engañar á un marido;
pero veo que es una cosa muy difícil! ¡Estoy
desesperada!
- ERN. ¡Cálmese usted! ¡Comprendo sus escrúpulos,
su delicadeza! ¡Eso es también muy natural!
- LUISA ¿Verdad que sí? ¿Ha visto usted escenas
parecidas?

- ERN. ¡Muchas veces!
- LUISA ¿Luego yo no soy un monstruo?
- ERN. ¡Al contrario! ¡Usted es una mujer encantadora! ¡Ah, ya sé lo que nos ha perdido: la falta de método! ¡No hemos procedido con método! ¡Procedamos con método! ¡Cenemos primero!
- LUISA Eso es; cenemos.
- ERN. ¡Son las ocho y media! A esta hora, otras personas que no estuviesen enamoradas, comerían ¡Pero nosotros, cenamos! Es cuestión de una palabra, de una sola palabra... ¡Y sin embargo, hay un abismo!
- LUISA Eso es: nosotros cenamos.
- ERN. ¡Ay, Luisa, Luisa! ¿Un poco de pastel?
- LUISA ¡Gracias, muchas gracias! ¡No tengo apetito!
- ERN. ¿No?
- LUISA Pero en cambio tengo mucha sed. Sírvenme usted Champagne. (La sirve.)
- ERN. ¡Bebamos Champagne! ¡Beben.)
- LUISA Resulta muy agradable esta comida.
- ERN. ¡Esta cena, esta cena! ¡Y habrá que repetirla con frecuencia!
- LUISA Con mucha frecuencia.
- ERN. Y después nos veremos durante el día.
- LUISA Daremos grandes paseos...
- ERN. Por sitios alegres.
- LUISA Justo.
- ERN. Visitaremos todos los museos...
- LUISA Sí, sí. Todos los museos. ¡Qué diversión! Deme usted más Champagne. (La sirve.)
- ERN. Bebamos Champagne. (Beben.)
- LUISA ¡Puff! Tengo calor. Dígame usted ahora alguna cosa alegre.
- ERN. Sí, sí. Luisa, la amo á usted.
- LUISA ¡Eso no es una cosa alegre! Cuénteme usted, más bien, sus aventuras, sus triunfos... ¿Ha tenido usted muchos?
- ERN. ¡Ya lo creo! Muchos triunfos. Primero, en el colegio.
- LUISA ¿Y después?
- ERN. Ah, después... también.
- LUISA ¿Y aventuras? ¿Muchas mujeres...?
- ERN. ¡Pschl...

- LUISA ¡Guardará usted aquí recuerdos de amor...!
ERN. (Molesto.) Pero...
LUISA ¿No guarda usted ninguno?
ERN. Sí, sí; ya lo creo.
LUISA Enséñemelos usted. Eso me entretiene.
ERN. Si usted quiere... (Abre un cajón de una de las librerías.) Esta carpeta está llena de reliquias; es mi pasado. ¡Todo mi pasado!
- LUISA (Que comienza a ponerse alegre.) ¡Cuántas cartas!
ERN. Sí, cartas muy tiernas; y algunas otras cosas... Un *bouquet* de una rubia divina, á quien encontré en una playa de moda.
- LUISA ¿Y este *menú*?
ERN. De un almuerzo en el Inglés, con una actriz casi célebre, protegida de un senador tres veces reelegido por una mayoría aplastante... Y una cintita color lila... ¿comprende usted?
- LUISA Basta, basta... sea usted discreto. ¡Este Ernesto!... ¡Quién lo hubiera creído! Ernesto: voy á beber por sus amores, como en las óperas... ¡Pero no se mueva usted tanto! (Rie estrepitosamente)
- ERN. ¡No me muevo!
LUISA Sí, sí. Se mueve usted mucho, y esto me marea. (Idem.)
- ERN. (Aparte.) Me parece que está demasiado risueña.
- LUISA Estoy contenta, muy contenta.
ERN. Y yo también. (La abraza, pero en cuanto ella lo nota se desenvuelve violentamente y le da una bofetada.) ¡Oh! (La deja)
- LUISA Usted dispense. Ha sido sin querer. Es más difícil de lo que yo creía, emprender una existencia nueva... ¡Estoy desesperada!
- ERN. ¡Yo sí que estoy desesperado!
LUISA ¿Usted?
ERN. Sí. He empleado casi todos los medios: he procedido con dulzura, con persuasión... y siempre con método. ¿Acaso la súplica?... Luisa, Luisa...
- LUISA Ernesto... (Pausa prolongada. Campanilla.) ¡Dios mío! ¿Quién será?
ERN. Alguien que llama.
LUISA ¡Tengo miedo!

- ERN. ¿Quién podrá ser?
LUISA ¡Qué sé yo!
ERN. No abriré. Ya se habrán marchado. (Vuelve á sonar la campanilla con furor.)
LUISA ¡Otra vez!
ERN. Sí. Mire usted. Entre usted aquí y no tema nada. Voy á ver quién es. Ya ve usted que conservo mi sangre fría.
LUISA Mi sombrero... mis guantes... (Los toma.) Procure usted que no sea nadie que me conozca.
ERN. Se lo prometo. Despacharé en seguida. No nos atolondremos. (La hace pasar á la habitación de la izquierda y va á abrir.)

ESCENA V

MARQUESA y ERNESTO

- MARQ. ¿Está usted aquí, Ernesto? Me alegro mucho.
ERN. Usted á estas horas en mi casa...
MARQ. ¿No ha visto usted á Luisa?
ERN. ¿Yo? No, señora.
MARQ. ¡Ya me lo suponía!
ERN. Iba á comer. Estaba con un amigo... que no ha venido. Pero, ¿cómo ha podido usted figurarse que Luisa...?
MARQ. ¡Qué sé yo! He ido á casa de todos nuestros parientes y de todos nuestros amigos... La he buscado por todas partes, ¡y nada! Ya no puedo más. (Se sienta.)
ERN. ¿Pero qué sucede?
MARQ. ¡Una friolera! Usted que es casi de la familia, mire usted la carta que he recibido. (se la da.)
ERN. (Leyéndola.) ¡Cómo! ¿Andrés ha engañado á su mujer?
MARQ. ¡Qué le parece á usted! ¡El imbécil!
ERN. Entonces es por vengarse de él, por lo que Luisa...
MARQ. ¡Naturalmente!

ERN. ¡Ay, Dios mío! (Campanilla.) ¡Otra vez!
MARQ. ¿Lllaman? ¿Será ella?
ERN. ¡Quiá! Esté usted completamente segura de que no es. (Sale y vuelve en seguida con Carteret.)

ESCENA VI

DICHOS y CARTERET

MARQ. ¡Carteret!
CART. ¡Marquesa!
ERN. (Aparte.) Esto se ha convertido en una *soirée*.
CART. ¿Y Luisa? Mire usted la carta que me he encontrado al llegar á mi casa. (Se la da.)
MARQ. (Leyéndola.) «Tío: Andrés me ha engañado. A las ocho le habré pagado en la misma moneda.» Como la mía.
ERN. (Aparte.) Por lo visto ha enviado una circular á todo el mundo.
CART. ¡Pero esto es increíble! Es necesario buscarla, informarse. Por eso he venido á ver si Ernesto...
MARQ. Hace dos horas que corro de un lado para otro... Ni siquiera he tenido tiempo de comer y me estoy muriendo de hambre.
CART. ¡Y yo también!
MARQ. ¿No se le ocurre á usted nada, Carteret?
CART. Desgraciadamente, no.
MARQ. ¿Y á usted, Ernesto?
ERN. A mí tampoco, señora.
MARQ. ¡Y yo que recibo esta noche! Tendré que marcharme á casa y suspender las pesquisas.
CART. A menos que suspenda usted la recepción. ¡Esa chiquilla, esa chiquilla!... (Durante estas palabras la Marquesa ha tomado maquinalmente un bizcocho y se lo come.)
MARQ. ¡Qué desesperación!
CART. Dice usted bien.
MARQ. ¿Y ahora, amigo Carteret? Me parece que hemos triunfado mi jardinero y yo. ¿Se acuerda usted del seto que sólo florecería para usted? Sus rosas se deshojan, amigo

mío, y su teoría también. Esa famosa teoría sobre el amor que basta para todo; que defiende, que salva, que vela. ¡Me parece que, por esta vez, se ha dormido el ángel guardián!

CART. Sí, sí. En este momento parece que tiene usted razón. (Toma un bizcocho que moja en un vaso.) Con su permiso, Ernesto.

ERN. ¡No faltaba más! (Aparte.) ¡Ahora se ponen á comer!

MARQ. ¿Me hace usted el favor de un vaso de agua?

ERN. Con mucho gusto.

CART. A pesar de todo lo que usted dice, Marquesa, todavía espero que...

MARQ. ¿De veras?

CART. Sí. He visto á Luisa tan enamorada de Andrés, tan sincera, tan tierna... Tengo confianza en ese amor, en ese talismán que debe protegerla.

ERN. (Sirve agua á la Marquesa y dice luego, aparte.) ¡Yo me había formado otra idea de una cita amorosa!

MARQ. Mire usted, Carteret... Dos horas hace que andamos detrás de la oveja descarriada: como no haya llegado á mi casa mientras yo corría en su busca, habrá que dudar de la virtud de ese talismán.

CART. ¡Yo confío en él, lo repito!... Y créame usted, Marquesa: si Luisa ha pensado en realizar lo que nos dice en estas cartas, está seguramente en casa de alguien de quien le sea imposible enamorarse.

ERN. (Aparte) ¡Ay, Dios mío!

MARQ. ¿Por qué?

CART. Porque no la guiaba más que el sentimiento de la venganza, sin pensar en ningún otro... Y además, porque así podría arrepentirse á tiempo.

MARQ. Bueno, allá veremos. (Levantándose.) Yo vuelvo á casa, donde estará el Padre Merlín á quien he rogado que me esperara por si acaso... Usted vuelva á la suya... Y el primero que tenga noticias las comunica. ¿Estamos?

- CART. Perfectamente. (Levantándose.) Adiós, Ernesto, y usted perdone que le hayamos interrumpido con todas estas cosas que maldito lo que le importan.
- MARQ. Sí... Ernesto es casi de la familia.
- ERN. Sí, señora; casi. (Va con ellos por el foro y vuelve en seguida.)

ESCENA VII

ERNESTO y LUISA

- ERN. (solo) «Si Luisa ha pensado en realizar lo que decía en sus cartas, está seguramente en casa de alguien de quien le sea imposible enamorarse». (Va lentamente á la puerta de la izquierda y la abre) ¡Luisa!... (Sale Luisa.) ¿Ha oído usted?... Si no trataba usted más que de vengarse, ¿por qué se ha acordado usted de mí que la quería tanto?... Luisa, ¿qué daño la he hecho á usted yo?
- LUISA. Perdóneme usted.
- ERN. Haber escogido á cualquiera, menos á mí...
- LUISA. Tiene usted razón. He sido cruel, no he reflexionado... Pero tengo una disculpa... ¡Soy tan desgraciada!
- ERN. ¿Y yo?
- LUISA. Le quería tanto...
- ERN. Yo la quería á usted tanto...
- LUISA. Le dejé tan confiada, tan dichosa... ¡Era mío!
- ERN. Yo estaba casi resignado... Tenía un poco de felicidad... No mucha: la precisa para vivir... Recibí su carta, y...
- LUISA. No sabe usted todo lo que Andrés significaba para mí...
- ERN. La esperanza en su amor, era lo único que embellecía mi existencia.
- LUISA. Cuando Andrés no estaba á mi lado, yo no vivía...
- ERN. Y de un sólo golpe ha destrozado usted mi sueño, mi alegría...

- LUISA Cállese usted... ¡No habla usted más que de usted mismo!
- ERN. Es verdad... Soy un egoísta... Pero confiese usted que ha sido despiadada conmigo.
- LUISA Es posible; pero no ha sido culpa mía... Nunca es uno malo, es la vida quien nos obliga á serlo. ¿Por qué Andrés no ha evitado que lo fuera?
- ERN. Esa no es una razón para hacerme sufrir.
- LUISA Sí, sí...
- ERN. Sí... ¡Puede ser!...
- LUISA Es que usted no puede figurarse cuánto le quería... ¡Y él, sin comprenderlo!...
- ERN. ¡El imbécil!
- LUISA ¿Usted lo comprende?
- ERN. Sí. Amamos á quien no nos comprende y no comprendemos á quien nos ama.
- LUISA ¡Qué verdad tan grande acaba usted de decir! ¡Oh, Andrés, Andrés!
- ERN. ¡Oh, Luisa, Luisa!
- LUISA Siquiera usted me ve, me habla... Mientras que yo no le veo, y hablo á un ausente...
- ERN. Yo también hablo con un ausente... Porque usted, Luisa, no está aquí en este momento.
- LUISA Usted tiene otras cosas en la vida: sus trabajos, sus amigos, sus libros, su historia... Yo no tengo nada, nada... El era mis amigos, mis libros, mi historia... Usted puede resignarse... Yo no puedo. Yo sólo poseía este amor que era la suma de todos mis amores... Y se acabó... Por eso, como he tenido todos los amores tengo ahora todas las penas... Soy muy desgraciada... muy desgraciada. (sollozando.)
- ERN. Luisa, perdóneme usted: tiene usted razón... Su amor es mucho más grande que el mío. Mi desventura es insignificante, al lado de la suya... Ahora lo he comprendido... Perdóneme usted...
- LUISA Ernesto...
- ERN. Pobre criatura.
- LUISA Ahora puede usted abrazarme.
- ERN. (La abraza, solloza y luego aparte.) Yo me había formado otra idea de una cita amorosa.

- LUISA ¿Y qué voy á hacer ahora? ¿Dónde voy?
ERN. ¿Dónde?... A su casa; en busca de Andrés.
LUISA ¡Jamás!... Todo ha terminado entre nosotros.
ERN. No, no...
LUISA Sí, sí... ¿No sabe usted que ya no es mío?...
Es de Luciana; de esa mujer que con una
sola palabra le ha vuelto á conquistar... Sí,
sí; todo ha terminado entre nosotros.
ERN. Eso no es posible... El no sabe cuánto es lo
que usted le quiere. Si lo supiera, estoy se-
guro de que la pediría perdón de rodillas.
LUISA Y no lo sabrá jamás, porque como yo no se
lo he de decir...
ERN. No faltará quien se lo diga.
LUISA ¿Quién?
ERN. Yo.
LUISA ¿Usted?
ERN. Sí.
LUISA No le creerá.
ERN. ¡Ah!... ¡Usted no sabe lo elocuente que soy
cuando no hablo por mi cuenta!
LUISA ¡Ernesto!
ERN. Sí. Yo le convenceré; yo se lo devolveré...
LUISA ¿Usted será capaz?... ¿Usted?...
ERN. No hablemos de mí, no hablemos de mí.
¿Dónde está Andrés?
LUISA Ha ido á comer al Casino, é irá á buscarme
á casa de la tía.
ERN. Bueno. Allí iré yo y le hablaré.
LUISA ¿Y qué debo hacer yo?
ERN. Nada. Sonreir, estar alegre y sobre todo no
decir una palabra de esta visita... Esto es lo
único que la pido.
LUISA Palabra de honor.
ERN. Bien.
LUISA ¿Y cómo pagarle á usted?...
ERN. Deme usted esa rosa. (Ella le da la que lleva en
el pecho.) Gracias. Voy á depositarla en el ca-
jón de las reliquias.
LUISA ¿Cómo? ¿El recuerdo de esta decepción en-
tre esos que le hablan de tantas cosas feli-
ces? Va á ser mal recibido.
ERN. ¡Oh, no!... Ahora puedo confesarla que no
era cierto lo que la dije.

LUISA ¿Pero esas cartas?...

ERN. ¡Esas cartas!... Lea usted la que quiera.

LUISA (Le e una) «Muy señor mío... Jamás...» (Otra.)
«Dispense usted que no haya podido venir
ayer». (Otra.) «Dispense usted que no pueda
venir mañana».

ERN. ¡No venían nunca!

LUISA ¿Y guarda usted esto?

ERN. ¡Qué quiere usted!... ¡Se guarda lo que se
recibe!

LUISA ¿Y lo demás?

ERN. ¿Lo demás?... Este *bouquet* lo llevé en el ojal
para ver á una señora que nunca quiso reci-
birme... El menú del Inglés me lo comí yo
solo en un gabinete reservado, frente á una
silla vacía, servido por un camarero desde-
ñoso... Todo esto, Luisa, son alegrías trunca-
das, felicidades rotas... Ya ve usted que su
rosa estará en su sitio; será el más triste de
mis recuerdos, pero no el menos bello...

LUISA (Le tiende la mano) ¡Ah!... (Con ternura.) ¡Cómo
le hubiera amado á usted... si le hubiese
amado! (Sale lentamente.)

ESCENA VIII

ERNESTO. Después SOFÍA

ERN. (Se vuelve á poner la chaqueta vieja, coloca otra vez
los libros en su sitio y se hunde en una butaca.) He
montado en el tren, y el tren no ha salido...
Me he asomado á la sala, y no había fun-
ción... Vuelvo á quedarme solo... (Llaman á la
puerta del foro. Sin volverse.) Adelante.
(Aparece Sofía. Lo mira todo de una ojeada, ve el
ramo en su sitio y sonrle un poco.)

SOF. ¡Ernesto!...

ERN. ¡Tú!... ¡tú!...

SOF. Sí.

ERN. ¿Has vuelto?... ¿Después del daño que
hice?... ¿Después de lo que Rosa te ha di-
cho?...

- SOF. (Con mucha ternura.) Sí. Pero he vuelto por ver...
- ERN. ¡Sofía, perdóname!... (Cae llorando en sus brazos.)
- SOF. (Abrazándole, con ternura maternal) ¡Pobrecito mío! (Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Saloncito en casa de la Marquesa. Puerta grande al foro de dos hojas.
Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

GERMAN, la DONCELLA. Luego la MARQUESA

GER. (Aparece mirando al foro y luego cierra la puerta y viene á escena.) Esta baronesa de Santa Marta no sabe tener las cartas en la mano. (Mirando el reloj.) La diez ya... ¿No ha vuelto aun la señora Marquesa?

DONC. Todavía no.

MARQ. (Entra apresuradamente por la izquierda. Viste como en el tercer acto.) Germán. ¿Hay ya gente en el salón?

GER. Sí, señora Marquesa: el barón y la baronesa de Santa Marta, los señores de Fargette, los señores de Aulnois, el señor Chartier, los señores de Lemercier y el barón La Hire. En total, dos partidos y uno de non.

MARQ. ¿Han preguntado por mí?

GER. Los tres que llegaron primero preguntaron por la señora Marquesa... Pero en cuanto llegó el cuarto...

MARQ. Se han puesto á jugar...

GER. Sí, señora Marquesa. Y nadie ha vuelto á

- preguntar por la señora Marquesa. Como si la señora Marquesa no existiese.
- MARQ. Está bien. Tenga. (Da el abrigo y el sombrero a la doncella, que se los lleva.) Germán, avise usted al Padre Merlín, que estará en su cuarto.
- GER. El Padre Merlín salió hace poco precipitadamente y me encargó que si la señora Marquesa venía entre tanto, la dijera: «Ya ha parecido». No sé á qué puede referirse.
- MARQ. «Ya ha parecido.» Está bien, Germán...
- GER. Aquí llega el Padre Merlín.

ESCENA II

La MARQUESA. El PADRE MERLÍN por la izquierda

- P. MER. ¡Ah, señora Marquesa!
- GER. (Aparte.) ¡Ya ha parecido!... ¡Ya ha parecido!... No sé á qué puede referirse. (Mutis por la izquierda.)
- MARQ. (Con ansiedad.) ¿Qué hay?
- P. MER. Vengo de verla.
- MARQ. ¿Cómo? ¿Dónde?
- P. MER. En su casa. Ha vuelto á su casa. Francisco avisó por teléfono su llegada, como le había usted prevenido, y yo no he vacilado un momento en ir á buscarla.
- MARQ. Y qué... ¿Qué dice?
- P. MER. Que iba á cambiarse de vestido para venir en seguida á verla á usted... Entonces yo encargué á Francisco que mandara recado al señor Carteret para que también venga.
- MARQ. ¿No eran estas sus instrucciones?
- MARQ. Sí, señor cura, las ha cumplido usted admirablemente... ¡Cuántas molestias le he causado!
- P. MER. ¿Molestias? No, señora Marquesa, no... Es mi deber... ¡Todo por evitar el pecado!... Y si el pecado llega, todo por lograr el arrepentimiento.
- MARQ. Por supuesto, que habrá usted dicho á Luisa...
- P. MER. La dije esta sencilla frase: «¿Es posible, hija

mía, que cediendo á los impulsos de la cólera, animada por un sentimiento de venganza, hayas realizado tu funesto propósito?»

MARQ. Muy sencilla, es verdad... ¿Y ella?

P. MER. Ella no me contestó más que esto: «¡Bah!»

MARQ. ¿Bah?

P. MER. ¡Bah! Esa es la palabra... Me la ha dicho respetuosamente, afectuosamente, pero me la ha dicho...

MARQ. Esa criatura, esa criatura... ¿Quién hubiera sospechado?

P. MER. Ella se arrepentirá... Y sepa usted, señora Marquesa, que en el cielo produce más alegría un pecador arrepentido que noventa y nueve justos.

MARQ. ¿Y qué dicen á eso los noventa y nueve? ¡El mejor día vamos á tener una huelga de justos!... ¿De modo que Luisa ha quedado en venir aquí?

P. MER. Inmediatamente.

MARQ. Entonces, espérela usted y aviseme en cuanto llegue... Haga usted el favor por completo, señor cura, ó mejor dicho, cumpla usted su deber... Yo también voy á cumplir el mío. Voy un momento á ocuparme de esos desgraciados.

P. MER. ¿De qué desgraciados?

MARQ. De mis visitas... Ahí los tiene usted jugando su partidita. (Entreabre la puerta del foro.) Mirelos usted serios, inmóviles, rígidos... Parece que están cumpliendo una condena... ¡Qué majaderos! (Abre la puerta.) Mis queridos amigos... Tanto gusto... (Mutis. Saludos dentro. La puerta se cierra.)

ESCENA III

EL PADRE MERLÍN. En seguida LUISA

P. MER. (Se sienta y abre su breviario.) ¡Dios mío! ¿Por qué habré venido á París? (Pausa prolongada.)

LUISA Señor cura...

- P. MER. ¿Cómo? ¿Tú? ¿Tan pronto?
LUISA No he tardado, ¿verdad? Ya le dije que sólo iba á cambiarme de vestido... ¿Qué le parece á usted esta moda?
- P. MER. Hija mía, ¿no ves á quién le preguntas eso? ¡Yo no entiendo, no puedo entender, no quiero entender de semejante cosa!... Vamos, Luisa, ven acá... No me causes el dolor de sospechar que caíste en el pecado, ni me affijas con la suposición de que tardas en arrepentirte... ¿Es que la oveja no quiere confiarse á su pastor?... Vamos, vamos, Luisa...
- LUISA El pastor no tiene nada nuevo que saber. Ha leído la carta que la oveja dirigió á su tía, y estará convencido de que la oveja cumple su palabra.
- P. MER. Te complaces en desconcertarme... Y yo no sé qué pensar... Bien que desde que estoy aquí carezco de toda perspicacia. Y es que no tengo costumbre de tratar con estas conciencias fútiles y versátiles. Sólo entiendo á las almas ingenuas y sencillas de mis campesinos. El hombre es débil en el campo, como en todas partes; pero allí siquiera las debilidades humanas parecen reguladas por el curso de las estaciones... Hay períodos peligrosos... la siega del heno... la recolección de las manzanas...; pero hay también épocas dulces y tranquilas... Aquí no. En París siempre es el tiempo de segar el heno, siempre se está en la recolección de la manzana.
- LUISA Es usted un santo, señor cura.

ESCENA IV

DICHOS y la MARQUESA

- MARQ. ¡Ya estás aquí!
LUISA ¡Ya estoy aquí!
P. MER. ¡Ya está aquí! (La Marquesa hace señas al Padre Merlín de que se vaya.)

- P. MER. (Saliendo.) Siempre se está en la recolección de la manzana.
- MARQ. Acércate, Luisa.
- LUISA Sí, tía.
- MARQ. Siéntate... Más cerca.
- LUISA Sí, tía.
- MARQ. Mírame.
- LUISA Ya la miro.
- MARQ. Y ahora, sé franca.
- LUISA Sí, tía.
- MARQ. Eso no es cierto, ¿verdad?
- LUISA ¿El qué, tía?
- MARQ. Tu carta era una amenaza, ¿eh? Tú no has hecho la locura que anunciabas...
- LUISA Sí, tía.
- MARQ. ¿Y lo dices así?... ¿Te parece que eso está bien hecho?
- LUISA Ya lo creo... Mi marido me ha engañado y yo le he correspondido... ¡Qué quiere usted. Yo cumplo mis promesas y pago al contado!
- MARQ. Eso es precisamente lo que te censuro... En nuestro mundo, no se paga al contado.... Eso se queda para los burgueses.
- LUISA Bueno; pues soy una burguesa... Y no me arrepiento... Yo tenía derecho á vengarme.
- MARQ. Pero no de ese modo, con ese descaro.
- LUISA Es que no soy de esas mujeres que se ocultan... Yo he procedido con lealtad, honradamente.
- MARQ. ¿Honradamente?... Más modestia, niña, más modestia... Supongo que no pretenderás dar una lección á todas las mujeres que se han portado mal, antes que tú... ¡Y ha habido muchas!

ESCENA V

DICHOS. EL PADRE MERLÍN, CARTERET

- P. MER. Aquí traigo al señor Carteret.
- MARQ. A tiempo llega...
- CART. (Entrando.) ¿Dónde está, dónde está?
- MARQ. Aquí la tiene usted... Me lo ha confesado todo... Ya no es posible dudar.

- CART. Luisa...
- LUISA Tío.
- CART. Mirame... ¿Por qué no me miras?
- LUISA (Levantando la cabeza.) ¡Ya le miro á usted! (Carteret la coge la cabeza con ambas manos y la mira á los ojos fijamente, soltándola luego.)
- CART. Bueno... Ya sé todo lo que quería saber.
- LUISA ¿Qué?
- CART. ¡Nada!... ¡Eres adorable! (La besa.)
- LUISA (Furiosa.) ¡Me desespera esa obstinación en no creermel... ¡Es humillante para mí!...
- CART. ¡Pobrecilla!... Vengan pruebas.
- LUISA ¡Ah, si yo pudiese!
- P. MER. ¡No puede dar pruebas!... ¡Todo se ha salvado!
- MARQ. Lo más sencillo es que nos digas el nombre de tu... de tu cómplice.
- LUISA He jurado que no lo diría, y no faltaré á mi juramento.
- CART. ¡Claro!
- MARQ. ¡Naturalmente!
- CART. ¡Ya lo sabía yo!
- LUISA ¿Ah, lo toman ustedes así?... ¡Pues voy á faltar á mi juramento!
- P. MER. ¡Todo se ha perdido!
- LUISA Es Ernesto.
- CART. ¿Ernesto?... ¡Qué bromista!
- MARQ. Hija mía, te ha salido mal el embuste... Hemos estado en su casa.
- P. MER. ¡Han estado en su casa!... ¡Todo se ha salvado!
- LUISA Si ya lo sé; si ya lo sé.
- CART. ¿Cómo qué lo sabes?
- LUISA Porque les he visto... Estaba escondida en su cuarto.
- MARQ. ¿En su cuarto?
- LUISA Sí, sí... Les he visto, les he oído.. Usted, tío, decía que aun confiaba.. Y usted tía, estuvo comiendo y bebiendo con bastante apetito.
- P. MER. ¡Les ha visto!... ¡Todo se ha perdido!
- LUISA Y ahora, ¿me creen ustedes?...
- MARQ. ¡Luisa!
- LUISA (A punto de llorar.) Déjenme ustedes en paz...

He hecho lo que debía hacer, lo que juré que haría... No tengo nada más que decir. Adiós. (Rompe á llorar. Mutis.)

MARQ.

¡Era Ernesto!

CART.

P. MER.

GER.

¡Era Ernesto!...

(Entrando.) Los señores de Varville acaban de llegar. Han pasado al salón. (Vase.)

MARQ.

Allá voy... Cuidense ustedes de esa desventurada. Yo no se donde tengo la cabeza. (Dándose polvos de la polvera que lleva en su saquito de mano. Carteret y el Padre Merlín se van por donde salió Luisa.) ¡Qué escándalo!... ¡Qué drama! ¡Enamorarse de un historiador!... (Cierra la polvera y la mete en el saquito.) ¡A qué hora han venido también estos imbéciles de Varville! (Sale por el foro. La puerta queda abierta un momento.) Buenas noches, mis queridos amigos... Cuánto celebro... (Saludos dentro. Se cierra la puerta.)

ESCENA VI

ERNESTO, acompañado por GERMÁN Luego CARTERET. Después el PADRE MERLÍN

ERN.

Gracias, Germán. No paso al salón. Prefiero estar aquí. (Mutis Germán. Ernesto mira su reloj.) ¡Cerca de las once!... ¡Qué jornada tan cruel!... Pero estoy satisfecho de mí mismo. He cumplido con mi deber, y merezco la estimación de todas las personas honradas. Y esto no es poco. (Entra Carteret. Ernesto va á su encuentro sonriente.)

CART.

¡Calla...!

ERN.

Señor Carteret...

CART.

¿Es usted?

ERN.

Yo soy; claro está.

CART.

(Con frialdad.) ¿Le parece á usted correcta su presencia aquí, esta noche?

ERN.

¿Qué?

CART.

Pues á mí no... Hubiera usted demostrado

- más delicadeza yéndose á pasar la velada en otra parte.
- ERN. No entiendo...
- CART. Y no olvide usted esto: nada hay tan ridículo en el mundo, como un mosquito-muerta que se atreve á presumir de otra cosa...
- ERN. Pero, ¿qué dice usted?
- CART. (saludando.) ¡Quede usted con Dios!... (Mutis.)
- ERN. Pues señor, no comprendo... (Viendo al Padre Merlín que sale.) El señor Cura me explicará...
- P. MER. ¿Usted aquí?
- ERN. Sí, señor Cura... Usted me hará el favor de...
- P. MER. ¡Usted, á quien siempre tuve por buena simiente, resulta ahora la cizaña!
- ERN. ¿Yo?...
- P. MER. ¡Quede usted con Dios!... (Mutis.)
- ERN. Pero, ¿qué es esto?... ¿Les habrá dicho Luisa? ¡No, no es posible!

ESCENA VII

ERNESTO y LUISA

- LUISA ¡Ernesto!... Cuánto le agradezco que haya venido... Creí que se arrepentiría...
- ERN. No... Pero, ante todo, usted me explicará...
- LUISA ¿El qué?
- ERN. Lo que pasa aquí. Su tío de usted y el señor cura, acaban de hablarme de un modo... en unos términos...
- LUISA ¿Qué le han dicho á usted?
- ERN. Me han llamado mosquito muerta y cizaña. Yo no sé que pensar, porque supongo que no sabrán nada.
- LUISA Sí, lo saben.
- ERN. Cómo, ¿ha confesado usted que estuvo en mi casa?
- LUISA (inocentemente.) Sí.
- ERN. Pero, ¿no me dió usted palabra de honor de no revelar mi nombre?
- LUISA Es verdad.
- ERN. Entonces...

- LUISA Qué quiere usted... No he podido callarme...
- ERN. Está bien... Y puesto que usted no ha cumplido su palabra, yo tampoco cumpliré la mía... ¡Adiós!
- LUISA No, no se irá usted. (Interceptándole el paso.)
- ERN. Lo siento mucho, pero...
- LUISA (Amablemente.) No me abandone usted, Ernesto. Ya sabe usted que soy muy desgraciada. Si usted se va, Andrés volverá á las andadas y á mí no me quedará más que un recurso...
- ERN. ¿Cuál?
- LUISA Volver á su casa de usted.
- ERN. ¡No!... ¡Eso no!... ¡Nunca!... Me quedo... Pero vuelvo á exigirla que no le dirá nada á Andrés.
- LUISA Palabra de honor.
- ERN. Me voy, me voy...
- LUISA Palabra de honor, de verdad.
- ERN. Si es de verdad, me quedo.
- GER. (Entrando.) La señora de Morfontaine. (Movimiento de sorpresa en Luisa y Ernesto.)
- ERN. ¡Ella!... ¡Es increíble!
- LUISA Pásela usted aquí.
- GER. Ha preguntado precisamente por la señora, y dice que desea hablarla.
- LUISA Pásela usted aquí inmediatamente. (Mutis germán) Estarán de acuerdo los dos... Se habrán citado aquí...
- ERN. Y se encontrarán.
- LUISA No; eso no... Porque ella se marchará en seguida...
- ERN. Por Dios, Luisa; nada de escándalo...
- LUISA No tenga usted cuidado.
- ERN. ¿Qué va usted á hacer?...
- LUISA No lo sé; pero algo... Entre usted aquí... Pronto.
- ERN. Calma, calma.
- LUISA La tendré.
- ERN. No, si me lo decía á mí mismo. (Mutis.)

ESCENA VIII

LUISA y LUCIANA

- LUC. (Entrando.) Mi querida Luisa... Cuánto celebró verla.
- LUISA Y yo también.
- LUC. Iba á la embajada de Inglaterra, y se me ha ocurrido entrar un momento en casa de la Marquesa, por si estaba usted tener el gusto de saludarla... Pero, ¿qué hace usted aquí, sola, en este saloncito retirado?
- LUISA No me encuentro bien del todo.
- LUC. Pues tiene usted un aspecto inmejorable. Se conoce que la felicidad la sienta á usted á las mil maravillas...
- LUISA La felicidad... Sí... Me la ha recomendado el médico.
- LUC. ¿Y su marido?... Olvidaba preguntarla por él... ¿Cómo está Andrés?
- LUISA Perfectamente.
- LUC. Me alegro mucho... ¿Le han dicho á usted que estuve á verla esta tarde?... La prometí mi primera visita al volver de Escocia y he cumplido mi promesa. Además iba á pedir-la su concurso.
- LUISA ¿Mi concurso?
- LUC. Sí; para una fiesta de caridad que estoy organizando. Vamos á dar una representación teatral, de aficionados, y quería que usted interviniera... ¿Será usted tan amable que me complazca?
- LUISA Sí, pero con una condición.
- LUC. ¿Cuál?
- LUISA Que he de escoger yo misma la obra que representemos.
- LUC. ¿Ha pensado usted en alguna?
- LUISA Sí. Tengo una comedia ligera, muy ligera, original de un amigo mío.
- LUC. ¿Cómo se titula?
- LUISA «Dos mujeres».
- LUC. ¿«Dos mujeres»? Y ¿qué asunto?
- LUC. El asunto es muy interesante y al mismo

tiempo muy sencillo y muy vivido como ahora se dice. Es la historia de una muchacha recién casada, que se llama... Elisa... Podría tener otro hombre, pero se llama Elisa.

LUC. ¿Y es bonito el papel?

LUISA Precioso... Es el mío. Elisa tiene una amiga joven, muy mujer de mundo, que se llama... Susana. También podría tener otro nombre, pero se llama Susana.

LUC. ¿Y es bonito su papel?

LUISA También. ¡Ya lo creo!... Es el de usted... Susana, ha sido, sin que nadie lo supiese amante del marido de Elisa, antes de que se casara. Y no tiene más deseo que el de reanudar las relaciones. Por fin logra su propósito con una maestría que prueba su costumbre de tales manejos.

LUC. Me parece que el papel es un poco exagerado. ¿Usted cree que hay mujeres de esa clase?

LUISA Yo sí, ¿y usted?

LUC. De todos modos, me parece que el marido es el personaje más antipático en esa aventura.

LUISA ¡Oh! El marido es un miserable, un monstruo; pero no es más que eso. Mientras que Susana es... Vamos, yo no sé si usted se atreverá á representar en público semejante papel.

LUC. Eso depende del desenlace. ¿Cómo acaba la comedia? ¿Con una escena entre las dos mujeres?

LUISA Cuando Elisa se encuentra con la que ha cometido tan villana acción, no puede contenerse y la echa en cara su perfidia, su falsedad.

LUC. ¿Y esa es la comedia? No me gusta. Estos autores desconocen la buena sociedad. Figúrese usted á una mujer como usted hablando en ese tono á una mujer como yo. ¡Vamos! Es inverosímil.

LUISA ¿Inverosímil?

LUC. Además, esa no es una comedia ligera y no nos convendría. Hay que estar á tono y no pasar de la sonrisa.

- LUISA Pues no veo más que un medio de lograrlo; que Susana, la hermosa Susana, abandone el campo.
- LUC. ¿Querrá abandonarlo?
- LUISA Sería lo más prudente.
- LUC. Pero tal vez ella no lo sea...
- LUISA Sí, sí lo sería. Yo creo que bastaba con que la dijeran, sobre poco más ó menos: «Usted es muy cuidadosa de su reputación y sabe que un escándalo la comprometería gravemente. Renuncie usted á mi marido, amiga mía. Tiene usted á su disposición todos los demás, y yo no la haré la competencia, porque me contento con el mío, sin miedo al ridículo. En cambio la prometo á usted guardar el secreto.» Esto es lo que le diría, Elisa; y Susana, que es una mujer muy inteligente, lo comprendería en seguida... ¿Qué le parece á usted el recurso?
- LUC. Pregúnteselo usted más bien á su marido, que es un hombre de muy buen gusto. Lo que él decida; será lo mejor... Pero voy á saludar á la Marquesa un momento, porque tengo que pasar sin falta por la Embajada de Inglaterra. Usted me dispensará.
- LUISA ¡No faltaba más!
- LUC. Diga usted á Andrés que siento no verle, pero que tengo prometido el cotillón á lord Huxdale.
- LUISA Así se lo diré.
- LUC. Hasta la vista, Luisa.
- LUISA Adiós, Luciana. (Luciana sale.) ¡Oh! (Abre la puerta por donde se escondió Ernesto.)

ESCENA IX

LUISA y ERNESTO. Luego GERMÁN

- LUISA Asunto terminado.
- ERN. ¿Se ha ido?
- LUISA Sí.
- ERN. Entonces ya no tiene usted rival.
- LUISA No... pero, ¿tengo marido?
- ERN. Eso corre de mi cuenta.

- LUISA A ver cómo se las arregla usted. Sólo le recomiendo una cosa: que le haga usted sufrir, que le convenza usted de que le ha engañado. ¡Así verá si me quiere todavía! Cuénteles usted que estuve en casa de un hombre seductor, irresistible. No tenga usted miedo de exagerar.
- ERN. Esté usted tranquila.
- LUISA ¡Pero parece que tarda!
- ERN. Voy á preguntar si ha llegado. (Llama á un timbre y Germán aparece en seguida.) Germán, vea usted si ha venido el señorito Andrés, y dígame que necesito hablarle y que aquí le espero. (Mutis Germán)
- LUISA Me voy por si acaso, en usted confío.
- ERN. No tenga usted cuidado.
- LUISA (Que se marchaba vuelve.) ¡Sobre todo que sufra mucho! ¡Le quiero tanto!... (Mutis.)

ESCENA ULTIMA

ERNESTO, ANDRÉS, luego LUISA, la MARQUESA, CARTERET, el PADRE MERLÍN

- AND. (Entrando) Buenas noches, Ernesto. Acabo de llegar y Germán me ha anunciado...
- ERN. Si; que tengo que hablarte.
- AND. ¡Hombre! ¡Qué aspecto tan solemne! ¡Pareces un retrato de familia!
- ERN. Tengo que decirte algo muy grave.
- AND. ¿Puedes decírmelo cantando?
- ERN. No gastes bromas. No es el momento más oportuno.
- AND. Bien, hombre. explícate. Pronúnciame el discurso. ¿Quieres un vaso de agua?? ¿Tengo que tomar notas?
- ERN. ¡Es admirable! Tú estás contento, alegre, sonriente... yo estoy triste, inquieto, apesadumbrado. Después de todo es lo natural, porque yo acabo de portarme bien y tú de cometer una infamia. ¡Esta es la vida!
- AND. ¿Pero qué estás diciendo?
- ERN. Digo que has engañado á tu mujer.
- AND. ¿Yo?

- ERN. Sí; hoy mismo.
AND. ¿Estás loco?
ERN. Esta tarde, á las seis, has vuelto á casa de la señora de Morfontaine. Es inútil que lo niegues.
AND. (Pausa.) Bueno. Puesto que lo sabes todo, no me rebajaré á inventar mentiras indignas de mí. Lo confieso. He ido.
ERN. ¡Qué mal has hecho! Has engañado indignamente á tu mujer; no supiste resistir al primer deseo. ¡Qué mal has hecho!
AND. Bueno, dime... ¿y tú cómo te has enterado?
ERN. Luisa me lo ha dicho.
AND. ¿Pero ella lo sabe?
ERN. Todo.
AND. Entonces, tienes razón... He hecho mal, muy mal. He cometido una barbaridad... Pero no es mía sólo la culpa; es también de ella.
ERN. ¿Qué dices?
AND. Élla, con sus preguntas indiscretas, despertó mis recuerdos dormidos, turbando mi tranquilidad, aturdiéndome. Luego me dejó solo é indefenso... Porque los hombres necesitan que los defiendan, ya que no tienen ni la coquetería ni el pudor que son las armas para la lucha... ¡Pobres hombres! No pueden resistir; están á merced de las sorpresas. En realidad, nosotros somos el verdadero sexo débil. Y luego Luisa había creado á mi alrededor una atmósfera de ternura que me hizo perder la cabeza. Yo necesitaba hablar de amor a todo el mundo... á la primera mujer que se presentase, y cuando ella se presentó...
ERN. ¿La hablaste?
AND. Naturalmente.
ERN. ¿Y estás satisfecho de tu conducta?
AND. ¡Estoy desesperado!... Me he conducido como un estúpido, como un malvado. Haz el favor de decirme cómo he podido engañar á una mujer á quien adoro, con otra que no me importa nada... Dímelo... ¿Ves, ves como no sabes responderme? ¡Vales tan poco como yo!
ERN. ¡Hombre!

- AND. ¡Pobrecilla, pobrecilla!
- ERN. Sí, pobrecilla.
- AND. ¿Y tú sabes si lo ha sentido, si la he hecho sufrir?
- ERN. Ya lo creo.
- AND. ¡Qué imbécil soy!... Mira Ernesto; yo la adoraba, pero ahora que sé que ha llorado por mí, me parece que la quiero cien veces más todavía... Nuestras mujeres no saben que cada disgusto que las damos sirve para aumentar nuestro cariño... Si lo supieran, nos dirían «anda, engáñame otra vez, engáñame otra vez...» Pero como no lo saben, no nos lo dicen.
- ERN. ¡Según eso, Luisa debería sentirse muy dichosa!
- AND. No; pero debería comprender que la prefiero sobre todas las mujeres del mundo, y que puede tener confianza, si no en mí, por lo menos en ella. Mira, Ernesto; por seductora que sea una amante no puede evitar que su cariño parezca fingido. Nunca se preocupa de nuestra salud, como la mujer propia. Nunca nos dice «abrigate bien, no olvides tu fular.» Tienes razón; he cometido una infamia. Pero cuando hable con Luisa y la diga todo lo que tengo que decirle, estoy seguro de que me perdonará.
- ERN. Y tú ¿la perdonarás á ella?
- AND. ¿De qué?
- ERN. De haber cumplido el juramento que te hizo.
- AND. ¿Cuál?
- ERN. El de faltar también á sus deberes el día que tú faltaras á los tuyos.
- AND. ¿Qué dices?
- ERN. La verdad. Luisa te ha engañado.
- AND. ¡Mientes!
- ERN. Toma, lee la carta que ha escrito á tu tía para comunicarla su resolución. (se la da.)
- AND. (leyéndola.) ¿Qué?
- ERN. Y después de escribirla, se escapó.
- AND. ¿Adónde?
- ERN. Á casa de un hombre joven, guapo, distin-

guido, que la quiere... Y allí estuvo dos horas.

AND. No, eso no es verdad.

ERN. Te digo que sí.

AND. No lo creo.

ERN. ¿Y por qué no has de creerlo? Te figuras que te han de querer siempre, que tienes que ser constantemente feliz, que no pueden castigarte nunca?... Pues, no, no... Te ha llegado la hora... ¡Vaya si te ha llegado la hora! Basta, basta... Repito que Luisa no me ha engañado.

ERN. ¿Por qué no había de engañarte?

AND. Porque me quiere.

ERN. ¡Y eso qué importa!... Querer... engañar... ¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?

AND. En los hombres no; pero en las mujeres es otra cosa... No, no es cierto; no puede ser cierto.

ERN. ¡Otra vez! ¿Por qué?

AND. Porque sería yo muy desgraciado... Porque sufriría mucho, teniendo que dudar de Luisa. Porque ya no creería en nada. Porque Luisa es la lealtad misma, la franqueza y la bondad. Porque ella es pura como la luz... En fin; porque Luisa... es Luisa.

ERN. (Con energía.) Bueno; ¡pues te ha engañado!...
LUISA (Saliendo y echándose en brazos de Andrés.) ¡No es verdad, no es verdad!... ¡No le creas!... No te he engañado, no te he engañado!

ERN. ¿Qué dice?

LUISA (A Ernesto.) ¡Embustero!

ERN. ¿Yo?... ¡Eso sí que tiene gracia!

AND. Pero, ¿qué significa esto?

LUISA Cállate. (A Ernesto.) ¡Se necesita no tener corazón para hacerle sufrir de esa manera!... ¿Qué le ha hecho á usted el pobre?... ¿Y usted se llama amigo suyo?

ERN. Pero...

LUISA ¡Ya sé lo que es usted!... Usted que atrae á las mujeres á su casa para emborracharlas y luego las pronuncia sermones de moral. ¡Qué cinismo!

ERN. ¿No me exigió usted?...

LUISA ¿No ha comprendido usted?... } A un tiempo.

AND. Callaos los dos; y á ver si nos entendemos...
Contéstame Luisa... ¿tú has escrito esta carta?

LUISA Sí, pero...

AND. Era una amenaza, ¿verdad? Tú no has tratado de vengarte...

LUISA Sí, pero...

AND. Pero, ¿qué?... Tú no has ido á casa de ningún hombre...

LUISA Sí, pero...

AND. Pero no has estado allí dos horas, á solas con él...

LUISA Sí, pero... no ha pasado nada...

AND. ¿Qué?... Eso puede que te lo crea otro...

LUISA ¡Andrés, Andrés, te lo juro!

AND. Es inútil... No te canses.

LUISA ¡Dios mío, qué desgraciada soy!... ¡Nadie me cree! No puedo demostrar mi inocencia.

AND. Basta. Solo te exijo una cosa: su nombre.

LUISA Pero...

AND. Vamos, habla; dime su nombre. (Ernesto le hace desesperadamente señas de que se calle.)

LUISA No puedo, no puedo... He dado mi palabra.

ERN. ¡Ha dado su palabra!...

AND. ¡Tiemblas por él!... Haces bien.

LUISA ¿Por él?... ¿Y á mí que me importa?

AND. Entonces, ¿qué te detiene?

LUISA Nada... ¡Es Ernestol (Ernesto retrocede aterrado.)

AND. (Abrazándola.) ¡Ah!... ¡Ya sabía yo que no eras culpable!

ERN. ¡Esto es lo más triste de cuanto me ha sucedido!

AND. (A Luisa.) Perdóname.

LUISA Al contrario... Comprendo que yo tengo la culpa de todo, y te pido que me perdones á mí por haberme engañado.

AND. ¡Te perdonol...

ERN. (Emocionado.) ¡Qué bueno es!

AND. (volviéndose á él.) En cuanto á tí...

ERN. No te molestes, ni te enfades... De ahora en adelante no pienso hacer más que sonreír...

LUISA ¿Qué?

ERN. Sí; porque han caído sobre mí tantas contrariedades, que he acabado por alegrarme...

- Estoy alegre, muy alegre... Y ya he comprendido que así es como hay que tomar la vida: alegremente.
- LUISA ¡Está loco! (Entra la Marquesa seguida de Carteret y del Padre Merlín.)
- ERN. Vengan ustedes...
- MARQ. ¿Qué pasa?
- LUISA Pasa, querida tía, que he engañado á todo el mundo, menos á mi marido...
- CART. ¿No lo decía yo?
- MARQ. ¡Ah, loquilla, loquilla!...
- P. MER. ¡Alabado sea Dios, señora Marquesa!... Cumpliremos nuestra promesa de ir en peregrinación á Chartres... Pero no en ferrocarril.
- MARQ. Eso es... Iremos en automóvil.
- ERN. Y yo anuncio á ustedes mi boda con la señorita Sofía Bernier... Yo no escribiré más que libros alegres, ella no hará más que música alegre, y no tendremos más que hijos alegres...
- LUISA ¿Le perdonamos, Andrés?
- AND. Sí, puesto que somos felices.
- LUISA Lo somos. Y eso que estoy segura de que volverás á engañarme.
- AND. No; no es seguro...
- CART. Y aunque lo sea... ¿qué importa?
- MARQ. Tiene usted razón, Carteret... El amor, vela. (Telón.)

Este ejemplar, asimilado á un manuscrito, no puede venderse al público y solamente se facilitará á las empresas los dos ejemplares necesarios para la representación, y bajo su estricta responsabilidad, en la Sociedad de Autores Españoles.